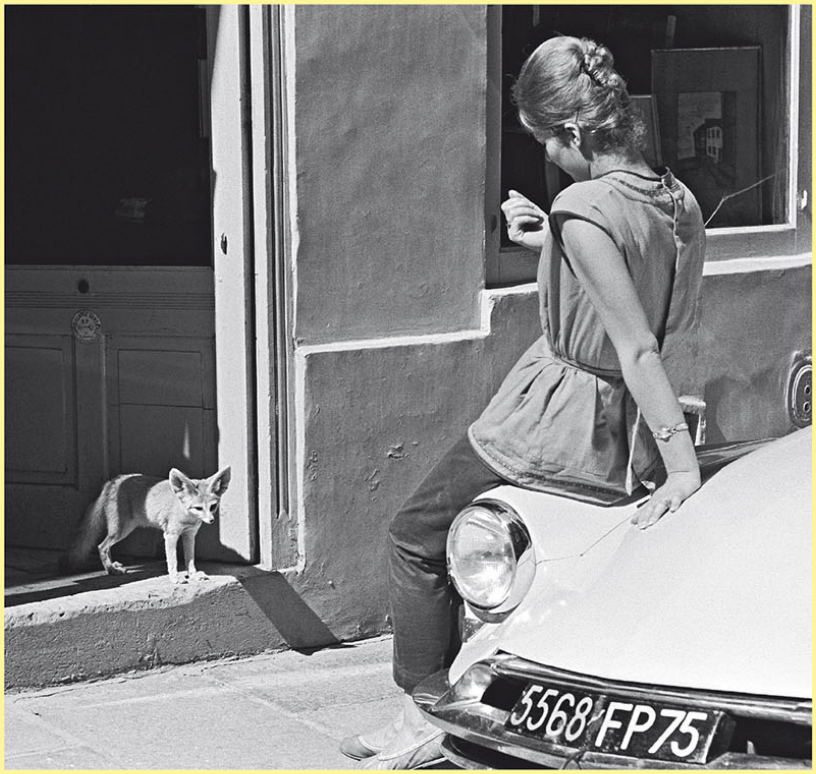
PATRICK MODIANO

Chevreuse

Traducción de María Teresa Gallego Urrutia



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Índice

Portada
Chevreuse
Notas
Créditos

Para Dominique

Cuántos nombres no tendré guardados y el perro y la vaca y el elefante
ya de largo y tan de lejos conocidos

y la cebra después, ay, ¿para qué?

RAINER MARIA RILKE

Bosmans había recordado que una palabra, Chevreuse, se repetía en la conversación. Y ese otoño ponían con frecuencia una canción por la radio; la interpretaba un tal Serge Latour. La había oído en el pequeño restaurante vietnamita, vacío, una noche en que estaba con esa a quien llamaban «Calavera».

Douce dame
je rêve souvent de vous...[1]

Esa noche, «Calavera» había cerrado los ojos, emocionada aparentemente por la voz del intérprete y la letra de la canción. Ese restaurante con la radio siempre encendida encima de la barra estaba en una de las calles entre Maubert y el Sena.

Otras letras de canciones, otros rostros, e incluso versos que había leído por entonces, se le atropellaban en la memoria, tantos versos que no podía anotarlos todos:

«El rizo de pelo castaño...» «... Del bulevar de la Chapelle, del gentil Montmartre y de Auteuil...»

Auteuil. Era ese un nombre que a él le sonaba de forma muy peculiar. Auteuil. Pero ¿cómo poner en orden todas esas señales y esas llamadas en morse, que llegaban desde una distancia de más de cincuenta años, y encontrarles un hilo conductor?

Iba tomando nota sobre la marcha de los pensamientos que le cruzaban por la cabeza. En general, por las mañanas o a media tarde. Bastaba con un detalle que le habría parecido insignificante a cualquiera que no hubiera sido él. Sí, eso era, un detalle. La palabra «pensamiento» no encajaba nada. Era demasiado solemne. Al final, una gran cantidad de detalles llenaban las páginas de su cuaderno azul y, a primera vista, no tenían nada que ver entre sí y, por su brevedad, le habrían resultado incomprensibles a un eventual lector.

Cuantos más se iban acumulando en las páginas blancas, con aspecto deshilvanado, más oportunidades tendría más adelante –estaba seguro– de aclarar las cosas. Y su carácter aparentemente fútil no debía desanimarlo.

Su profesor de filosofía le había contado en el pasado que los diferentes periodos de una vida –infancia, adolescencia, edad madura, vejez– correspondían también a varias muertes consecutivas. Otro tanto ocurría con los destellos de recuerdos de los que procuraba tomar nota lo más deprisa posible, unas cuantas imágenes de un periodo de su vida que veía desfilar a cámara rápida antes de

esfumarse definitivamente en el olvido.

Chevreuse. A lo mejor ese nombre tiraba de otros nombres hacia él, como un imán. Bosmans repetía en voz baja: «Chevreuse». ¿Y si era ese el hilo que le permitiría recuperar toda una bobina? Pero ¿por qué Chevreuse? Estaba la duquesa de Chevreuse, claro, que salía en las *Memorias* del cardenal de Retz, que habían sido durante mucho tiempo su libro de cabecera. Un domingo de enero de aquellos remotos años, al bajarse de un tren hasta los topes que venía de Normandía, se le había olvidado en el asiento corrido del compartimento el volumen de papel biblia y tapas blancas y sabía que no iba a consolarse nunca de esa pérdida. Al día siguiente por la mañana fue a la estación de SaintLazare y anduvo errante por el vestíbulo, por la galería comercial, y acabó por dar con la oficina de objetos perdidos. El hombre del mostrador le devolvió inmediatamente el tomo de las *Memorias* del cardenal de Retz, intacto, y con, bien visible, el marcapáginas rojo en el lugar en que había dejado de leer la víspera en el tren.

Había salido de la estación metiéndose el libro en uno de los bolsillos del abrigo por temor a volver a perderlo. Una mañana soleada de enero. La tierra seguía girando y los transeúntes seguían andando con paso reposado a su alrededor, al menos así es como él lo recordaba. Pasada la iglesia de la Trinidad, llegó al pie de lo que él llamaba «las primeras cuestas». Bastaba ahora con ir siguiendo el camino habitual al subir hacia Pigalle y Montmartre.

En una de las calles del Montmartre de aquellos años, se había cruzado una tarde con Serge Latour, el que cantaba «Douce dame». Ese encuentro –apenas unos segundos– había sido un detalle tan ínfimo en su vida que a Bosmans lo asombraba que le volviera a la memoria.

Así que ¿por qué Serge Latour? No le había dirigido la palabra. Y, para empezar, ¿qué iba a haberle dicho? ¿Que una amiga, «Calavera», solía tararear su canción «Douce dame»? ¿Y preguntarle si para el título de esa canción no se había inspirado en un poeta y músico de la Edad Media llamado Guillaume de Machaut? Tres discos de cuarenta y cinco revoluciones en Polydor el mismo año. A partir de ese momento no sabía ya qué había sido de Serge Latour. Poco después de ese encuentro furtivo, había oído decir a alguien en Montmartre que Serge Latour «estaba viajando por Marruecos, España e Ibiza», como era corriente hacerlo por entonces. Y ese comentario, entre el barullo de las conversaciones, se había quedado en el aire para toda la eternidad, y lo seguía oyendo aún hoy, después de cincuenta años, tan claro

como aquella noche, pronunciado por una voz que siempre seguiría siendo anónima. Sí, ¿qué habría sido de Serge Latour? ¿Y de esa amiga rara a la que apodaban «Calavera»? Pensar en esas dos personas le bastaba para ser aún más sensible al polvo, o más bien al paso del tiempo.

A la salida de Chevreuse, una curva y, luego, una carretera estrecha, con árboles a ambos lados. Tras unos cuantos kilómetros, la entrada de un pueblo, y enseguida ibas siguiendo una vía férrea. Pero pasaban muy pocos trenes. Uno a eso de las cinco de la mañana, al que llamaban «el tren de las rosas» porque transportaba esa variedad de flores de los viveros de la zona a París; el otro tren a las nueve y cuarto en punto de la noche. La estación, pequeña, parecía abandonada. A la derecha, enfrente de la estación, un paseo en cuesta que iba bordeando un descampado llevaba a la calle de Docteur-Kurzenne. Algo más allá, a la izquierda, en esa calle, la fachada de la casa.

En el antiguo mapa de Estado Mayor, las distancias no encajaban con los recuerdos que conservaba Bosmans. En esos recuerdos, Chevreuse no estaba tan lejos de la calle de Docteur-Kurzenne como en el mapa. Detrás de la casa de la calle de Docteur-Kurzenne, tres jardines escalonados. En la tapia del jardín más alto una puerta de hierro oxidado daba a un calvero y, luego, a una finca que decían que era la del castillo de Mauvières, a pocos kilómetros de allí. Y, con frecuencia, Bosmans se había internado bastante por los senderos del bosque, pero sin llegar nunca al castillo.

Si el mapa de Estado Mayor contradecía su recuerdo de la zona era seguramente porque había pasado en varias ocasiones por la comarca en temporadas diferentes de su vida y, al final, el tiempo había encogido las distancias. Por lo demás, decían que el guarda de caza del castillo de Mauvières había vivido en el pasado en la casa de la calle de Docteur-Kurzenne. Y he aquí por qué esa casa había sido de toda la vida para él algo así como un puesto fronterizo, con la calle de Docteur-Kurzenne marcando las lindes de una finca, o más bien de un principado de bosques, estanques, parques, llamado Chevreuse. Intentaba reconstruir a su aire algo así como un mapa de Estado Mayor, pero con huecos, con espacios en blanco, con pueblos y carreteritas que ya no existían. Los trayectos le volvían poco a poco a la memoria. Uno de ellos, en particular, le parecía bastante concreto. Un trayecto en coche cuyo punto de partida era un piso en las inmediaciones de la Porte d'Auteuil. Algunas personas se reunían en él a media tarde, y a menudo por las noches. Quienes, a primera vista, vivían allí de forma permanente eran un hombre de unos cuarenta años, un niño que debía de ser su hijo y una joven que hacía las veces de aya. Ella y el niño ocupaban, en el piso, el cuarto del fondo.

Unos quince años más tarde, a Bosmans le había parecido reconocer a ese hombre, un tanto avejentado, a través de los cristales de un restaurante Wimpy de los Campos Elíseos. Había entrado en el restaurante y se había sentado a su lado, como se hace tantas veces en los autoservicios. Le habría gustado pedirle ciertas explicaciones, pero de repente se quedó en blanco: ya no se acordaba ni de su nombre. Por lo demás, la alusión al piso de Auteuil y a las personas con las que Bosmans se había cruzado en él anteriormente corría el riesgo de resultarle embarazosa al hombre. Y del niño ¿qué había sido? ¿Y de la joven, que se llamaba Kim? Esa noche, en el Wimpy, le había llamado la atención un detalle: aquel hombre llevaba en la muñeca un reloj de pulsera grande con varias esferas, del que Bosmans no conseguía apartar la vista. El hombre se dio cuenta y apretó un botón, en la parte de abajo del reloj, que puso en marcha un timbrecito, pensado seguramente para usarlo de despertador. Le sonreía, y su sonrisa, ese reloj y ese timbre le hicieron pensar en un recuerdo de infancia.

Era «Calavera» quien lo había llevado una noche al piso de Auteuil. Ese apodo, que llevaba desde mucho antes de que él la conociera, se lo habían puesto por su sangre fría y porque muchas veces se mostraba taciturna e impenetrable.

Con su voz suave decía a veces para presentarse: «Podéis llamarme "Calavera"». Como se llamaba de verdad era Camille. Y, cada vez que se acordaba de ella, Bosmans dudaba entre escribir Camille o «Calavera». Prefería Camille.

Al principio no entendía muy bien qué vinculaba a todas las personas a quienes veía en el piso de Auteuil. ¿Coincidían allí gracias a la «red», un número de teléfono en desuso por el que varias voces, usando seudónimos, se daban citas? Camille, conocida por «Calavera», le había hablado de esa «red» y del número de teléfono en desuso, AUTEUIL 15.28, que, por una extraña coincidencia, le había dicho, era el antiguo número del piso. Y en este, pese a la presencia fugitiva del niño y de la joven en el cuarto del fondo, no acababa de parecer que viviera nadie, sino que más bien valía como punto de cita y lugar destinado a breves encuentros.

Entre las personas reunidas en el salón, una habitación amueblada con tres divanes grandes muy bajos y en la que una puerta de doble hoja daba, curiosamente, a un cuarto de baño, entre esas personas que no eran ya sino sombras en su recuerdo, debido a la luz, siempre demasiado floja, del piso, Camille, conocida por «Calavera», le había presentado a una amiga, una tal Martine Hayward, a quien parecía conocer desde hacía mucho.

Un día de verano a media tarde, y seguiría siendo de día hasta las diez de la noche. Se habían marchado los tres del piso. Había un coche aparcado en la calle, algo más arriba, el coche de Martine Hayward. «Calavera» se sentó al volante. Ese apodo no le encajaba, en realidad, pero tenía empeño en conservarlo por cierto humor negro muy suyo.

–¿Le molesta si damos un rodeo por el valle de Chevreuse? –le había dicho Martine Hayward, sentada a su lado en el asiento trasero–. Ir y volver nada más.

Durante gran parte del trayecto, Camille había estado callada.

«Hemos entrado en el valle de Chevreuse», había dicho Camille aquel día, a media tarde. El paisaje había cambiado, como si hubieran cruzado una frontera. Y, en adelante, cada vez que hacía ese mismo itinerario desde París y la Porte d'Auteuil, iba a notar la misma sensación: la de colarse en una comarca fresca que el follaje de los

árboles protegía del sol. Y en invierno, por la nieve, más abundante que en otros lugares en ese valle de Chevreuse, a uno le parecía que iba por carreteritas de montaña.

A pocos kilómetros de Chevreuse, Camille, conocida por «Calavera», se había internado por un camino forestal, en cuya entrada se erguía un indicador de madera con la siguiente inscripción medio borrada: «Auberge du Moulin-de-Vert-Cœur». Una flecha indicaba la dirección correcta.

Había aparcado el coche frente a un edificio grande con un entramado de vigas en la fachada. A un lado, el local de un restaurante con ventanales. Martine Hayward había salido del coche.

–Es solo un instante.

Se habían quedado un momento sin moverse del sitio, Camille y él. Y, como Martine Hayward tardaba en regresar, se habían bajado del coche también ellos.

Camille le había explicado que el marido de Martine Hayward regentaba esa hospedería, Le-Moulinde-Vert-Cœur, pero el establecimiento había fracasado: demasiadas complicaciones administrativas, demasiados gastos de mantenimiento, deudas, clientela insuficiente y, de todas formas, el marido de Martine Hayward no tenía nada ni de hostelero ni de restaurador profesional. Habían tenido que cerrar primero el hotel, y luego el restaurante. No era ya sino un edificio destartalado, con apariencia de villa normanda perdida en lo hondo del valle de Chevreuse. Le faltaba un cristal a uno de los ventanales.

Bosmans le había hecho preguntas a Camille acerca del tal Hayward, pero ella le contestaba con evasivas. Ahora mismo estaba en el extranjero y no tardaría en volver a Francia. En ausencia suya se le hacía cuesta arriba a Martine Hayward quedarse sola en aquel gran edificio abandonado. Camille le había propuesto irse a vivir con ella, en una de las quince habitaciones vacías, en lo que volvía su marido, pero entretanto Martine Hayward había encontrado una casita en alquiler en las inmediaciones.

Volvía a salir, con una maleta de cuero negro en la mano, y dejaba esa maleta en las escaleras de la entrada para cerrar con llave la puerta, de madera maciza, como si fuera la última clienta, a cuyo cargo corriera cerrar para siempre la hospedería Le Moulin-de-VertCœur.

Camille volvió a sentarse al volante. Y Martine Hayward en el asiento trasero, a su lado.

–Ahora voy a indicarte el camino –dijo.

Había que volver a la carretera e ir por ella hacia el este, hasta

Toussus-le-Noble. A Bosmans le pareció de repente que ese nombre le resultaba familiar, sin saber muy bien por qué. Cuando pasaron junto al aeródromo se hizo la luz. El nombre «Toussus-le-Noble» le recordó una exhibición aérea a la que había asistido un domingo, siendo niño. A menos que hubiera sido en Villacoublay, el otro aeródromo, que caía muy cerca. No tenía en la cabeza el mapa exacto de la comarca, pero para él esos dos aeródromos marcaban la frontera del valle de Chevreuse. Por lo demás, pasado Toussus-le-Noble, la luz no era ya la misma y se entraba en otra comarca, cuya zona interior era el valle de Chevreuse.

–Un rodeíto más y volvemos a París –le había dicho Martine Hayward, como para disculparse.

Llegaron a Buc. Bosmans tuvo un sobresalto doloroso. Ese nombre que había olvidado, ese nombre tan breve y tan rotundo hubiérase dicho que lo despertaba brutalmente de un prolongado sueño. Sintió deseos de contarles que había vivido por allí, pero no era nada que pudiera tener que ver con ellas.

A la entrada del siguiente pueblo, Bosmans reconoció en el acto el edificio del ayuntamiento y el paso a nivel. «Calavera» cruzó el paso a nivel y se metió por la calle mayor hasta la plaza de la iglesia. Se detuvo delante de la iglesia donde él había sido monaguillo una Nochebuena. Martine Hayward dijo que más valía dar media vuelta e ir siguiendo la vía férrea. Antes o después acabarían por dar con la estación y el camino de enfrente, como le habían indicado.

El parque iba bordeando las vías. Las barreras de hormigón y los setos que lo separaban de la carretera no habían cambiado. Bosmans había retrocedido quince años, como si un periodo de su infancia fuera a reanudarse. No obstante, el parque era mucho más pequeño que el de sus recuerdos, donde lo llevaban a jugar en vacaciones, en verano, a la caída de la tarde. La estación también le pareció diminuta, y la decrépita fachada le hizo entender que el tiempo había pasado.

Camille metió el coche por el paseo en cuesta. Él notó entonces que le palpitaba el corazón. A la izquierda, el descampado seguía mereciendo el nombre de «la selva virgen», como en los tiempos en que él se adentraba hasta perderse con sus compañeros del colegio Jeanne-d'Arc. La vegetación era aún más tupida.

Ella detuvo el coche en la esquina de la calle de Docteur-Kurzenne. Una mujer con una blusa camisera negra estaba esperando delante de la puerta de hierro y las verjas del número 38. Martine Hayward le hacía señas e iba hacia ella. La mujer llevaba debajo del brazo una carpeta. Camille se bajó a su vez del coche y él se quedó en el asiento de atrás. Pero cuando vio a la mujer sacar un juego de llaves del bolso y abrir la puerta de hierro, decidió unirse a ellas. Así sabría a qué carta quedarse. Se repetía a sí mismo esa expresión, «saber a qué carta

quedarse», para entender qué quería decir de verdad, y a lo mejor también para infundirse valor.

Martine Hayward lo presentó a la mujer de la blusa camisera negra: «Un amigo, Jean Bosmans», y Camille se volvió hacia él, sonriente: «Es la señora de la agencia inmobiliaria». Pero estar, después de tantos años, delante de esa casa lo mareaba un poco.

Las siguió hasta las escaleras de la entrada. La mujer de la blusa camisera negra giró la llave para abrir la puerta de entrada, que no había cambiado en quince años. Seguía teniendo su color azul pálido y, en el centro, la rendija metálica dorada del buzón. La mujer se apartó para dejar pasar a Camille y a Martine Hayward. Y también a él. Titubeó unos segundos antes de decirles que las esperaba fuera.

Y se había quedado solo, en la acera de enfrente, ante la casa. Eran casi las siete de la tarde. El sol lucía bastante, como al final de aquellos días de verano en los que había jugado en la gran extensión de hierbas altas, alrededor del castillo en ruinas, y tomado esa calle para volver a casa. Mediada la tarde, el silencio era tan hondo a su alrededor que oía el golpeteo regular de sus sandalias en la acera.

Había vuelto bajo el mismo sol y en el mismo silencio. Habría querido reunirse con las tres mujeres en la casa, pero le había faltado valor. O andar un poco por el paseo en cuesta para comprobar si el sauce llorón seguía aún en el mismo sitio, detrás de la gran portalada de la izquierda, pero prefería esperar allí, quieto, antes que caminar sin rumbo por un pueblo abandonado. Y, además, acababa por convencerse de que estaba soñando, igual que se sueña con algunos sitios en que se ha vivido antes. Y ese sueño, afortunadamente, podía interrumpirlo en cuanto quisiera.

Salieron las tres de la casa; la mujer de la blusa camisera negra iba en cabeza. Y él sentía una repentina inquietud: estaba asistiendo al final de un registro y ellas no sabían que él había vivido allí. Si no, le habrían pedido cuentas. Pero Camille le hacía una seña con el brazo, sonriente. No se trataba sino de una trivial visita a una casa en alquiler que no era ya la misma que antes. Habían debido de cambiar la distribución de los dormitorios, tirar tabiques y pintar las paredes de otro color y, en esa casa, no quedaba ya rastro alguno suyo.

La mujer de la blusa camisera negra los acompañó hasta el coche, aparcado en la esquina de la calle. Le estaba dando la carpeta y un juego de llaves a Martine Hayward, y le indicaba qué puerta abría cada llave. Llaves nuevas, más pequeñas que las del pasado. Así que no abrían las mismas puertas. Las llaves antiguas se habían perdido. «Calavera», Martine Hayward y la mujer de la blusa camisera negra nunca lo sabrían.

A la vuelta, Camille seguía al volante. Hablaba de la casa y de las diferentes habitaciones. Martine Hayward se preguntaba si no se instalaría en la planta baja, porque el «dormitorio» era más espacioso que los otros. Y, sin embargo, Bosmans no recordaba que hubiera ningún dormitorio en la planta baja. La puerta de entrada daba a un pasillo. Al final, las escaleras. A la derecha, el salón, con su ventana saliente. A la izquierda, el comedor. Hablaban también de los tres jardines escalonados de detrás de la casa. Así que seguían existiendo. ¿Y el pozo en el patio pequeño? ¿Y la tumba del doctor Guillotin en el primer jardín? De repente le entraron ganas de hacerles preguntas, pero se esforzaba en no decir la más mínima palabra. ¿Cómo habrían reaccionado al enterarse de que él había vivido en esa casa? ¿Por qué le iban a dar importancia? Todo aquello era de lo más trivial. Salvo para él.

El camino no era el mismo que a la ida. No volvían a cruzar el valle de Chevreuse, iban bordeando por una carreterita el aeródromo de Villacoublay. Y ese camino le había sido tan familiar quince años antes, ese camino que recorría en coche, en autocar, e incluso a pie más adelante, cuando se escapó del internado, que le dio la impresión de que todo volvía a empezar, sin que pudiera definir exactamente qué. Nunca habría nada nuevo en su vida. Pero ese temor que sentía por primera vez ya había desaparecido a la altura de Le Petit-Clamart.

–Debería haber venido con nosotras a ver la casa –dijo Martine Hayward–. ¿Verdad, Camille?

–Sí, no he entendido por qué te has quedado solo en la calle.

Pese a que hiciera tantos años, aún oía a Camille decirle con su voz suave y morosa esa frase cuyas palabras exactas recordaba: «No he entendido por qué te has quedado solo en la calle». Esas palabras no le habían llamado la atención en el momento, pero se le había quedado el eco en la memoria y encajaban bien con una actitud, o más bien con una forma de ser, que llevaba siendo la suya desde la infancia, y mucho más tiempo después, quizá incluso hasta hoy.

No se le había ocurrido nada que contestarles a Martine Hayward ni a Camille, y Martine Hayward había clavado en él una mirada muy rara, o al menos eso le pareció en aquel momento. Había dejado en el asiento, entre ambos, la carpeta que le había dado la mujer de la blusa camisera negra. En Boulogne, Camille había frenado de golpe para no saltarse un semáforo. La carpeta se escurrió del asiento y las hojas se desparramaron. Las recogió, una por una, y, como estaban numeradas, las ordenó. Vio que se trataba del contrato de alquiler de la casa, con un inventario. En el membrete de la primera página, el nombre de la agencia inmobiliaria y el de su directora, que debía de ser la mujer de la blusa camisera negra. Pero otro nombre que aparecía en esa página le saltó a la vista, el de la dueña: ROSE-MARIE KRAWELL. Así que seguía

viva y la casa seguía siendo suya. Esa comprobación lo alteró tanto que habría querido comentárselo a ellas. Pero ¿qué les iba a decir exactamente? ¿Y en qué habría podido interesarles?

Le devolvió la carpeta roja a Martine Hayward tras haber metido dentro las hojas. Ella le dio las gracias, pero lo seguía mirando de esa forma tan rara.

–¿Conoce a la dueña? –le dijo él de repente.

Y se arrepintió en el acto de habérselo preguntado, como alguien que se reprocha haber perdido la sangre fría.

–¿A la dueña? No. ¿Por qué?

Martine Hayward le había contestado muy seca.

Por lo visto, la pregunta que acababa de hacerle la molestaba.

–Creo que es René-Marco quien la conoce –había dicho «Calavera»–. Me parece que era una amiga suya.

–Seguramente tienes razón. En cualquier caso, fue René-Marco quien me indicó la agencia inmobiliaria.

Y luego había reinado entre los tres un prolongado silencio, que él intentó romper, pero no daba con las palabras. Se habían parado en la Porte Molitor, en la frontera entre Boulogne y Auteuil, y recordó que había nacido por esa zona. La semana anterior había ido a buscar su partida de nacimiento, que le hacía falta, a la tenencia de alcaldía de Boulogne-Billancourt. Estaba visto que esos días el pasado le salía al encuentro, un pasado que tenía olvidado hacía mucho. En Auteuil, Camille aparcó el coche enfrente mismo del edificio en cuya segunda o tercera planta estaba el piso. Eran alrededor de las nueve de la noche, pero todavía era de día. Hubiérase dicho que se estaba pensando si bajarse del coche.

–¿Vas a dormir en casa de René-Marco?

–Sí –contestó Martine Hayward.

¿Así que el piso era de alguien que se llamaba René-Marco? Seguramente el hombre de unos cuarenta años que, como descubriría más adelante, era el padre del niño, del niño que ocupaba el cuarto del fondo.

–Entonces esta noche me quedo contigo –le había dicho Camille a Martine Hayward.

Había abierto el maletero del coche y había cogido la maleta de cuero negro de Martine Hayward. Luego habían entrado en el edificio. A Camille no le gustaba coger ascensores porque le daba miedo que se parasen de repente entre dos pisos: un sueño, o más bien una pesadilla, que tenía muchas veces, le había dicho. Y no se fiaba del que llevaba al piso de Auteuil, un ascensor a la antigua, con una puerta acristalada de dos hojas, que iba muy despacio. En el rellano del piso, le había preguntado:

–¿Vienes con nosotras?

–No. Esta noche, no.

Y cuando el tal René-Marco había abierto la puerta, Bosmans había oído un barullo de conversaciones, e incluso había atisbado, al fondo, en el salón, unas cuantas siluetas. Había retrocedido un poco y le había entregado la maleta de Martine Hayward a Camille.

–Es una lástima que no se quede –le había dicho Martine Hayward, apretándole la mano de forma insistente–. ¿Otra noche, quizá?

Y «Calavera» le había lanzado una sonrisa irónica. La puerta se había cerrado tras Camille y el tal RenéMarco. Él había soltado un suspiro de alivio y bajado deprisa las escaleras para respirar por fin al aire libre. Caía la noche y él caminaba al azar por las calles de Auteuil.

Ahora se arrepentía de no haber visitado la casa con ellas, porque le habría hecho a la mujer de la blusa camisera negra preguntas en apariencia anodinas, pero por cuyas respuestas quizá se habría enterado de algo. Si el tal René-Marco conocía a Rose-Marie Krawell, ¿iba esta por el piso de Auteuil? Le parecía que no desentonaba en el salón, entre esas personas que no eran para él sino siluetas, pero de quienes «Calavera» le había dado a entender, con tono de guasa, que la mayoría coincidían allí por primera vez en la vida y que no todas eran recomendables.

Personalmente, le quedaba un recuerdo bastante borroso de Rose-Marie Krawell, un recuerdo de la infancia. Por entonces, pasaba con frecuencia unos días en la casa de la calle de Docteur-Kurzenne y ocupaba en esos casos el dormitorio grande del primer piso, que se quedaba vacío cuando no estaba ella. Se preguntaba si Martine Hayward podría haber conocido a Rose-Marie Krawell. Le había echado una mirada muy rara y le había contestado muy seca cuando le había hecho la pregunta: «¿Conoce a la dueña?».

En el fondo, no habría debido separarse, hacía un rato, de Camille y de Martine Hayward, sino intentar averiguar más sobre esas personas que se reunían en el salón del piso, aunque no fuera más que para enterarse de cómo se llamaban.

Iba por la calle de Michel-Ange y entró en un café cuyas sillas estaban ya colocando encima de las mesas. Pidió una ficha de teléfono y marcó el número de la «red» que le había dado Camille, AUTEUIL 15.28, y del que le había dicho que era el antiguo número del piso. Voces de hombres y de mujeres se contestaban entre sí: Jinete azul llama a Alcibíades, avenida de Wagram, 133, 3.º. Paul verá a Henri esta noche en casa de Louis du Fiacre. Jacqueline y Sylvie os esperan en Les Marronniers, calle de Chazelles, 27... Voces lejanas, que con frecuencia ahogaban interferencias y que le parecían de ultratumba. Después de colgar sintió alivio, como hacía un rato, tras salir del edificio, al verse al aire libre.

A lo mejor acababa de oír por teléfono, entre las otras voces, sin

reconocerla, la voz de Rose-Marie Krawell. Por primera vez desde hacía quince años tenía en mente el nombre de esa mujer, y ese nombre iba a traer seguramente consigo el recuerdo de otras personas a quienes había visto en la casa de la calle de Docteur-Kurzenne. Hasta entonces su memoria, en lo referido a esas personas, había pasado por una larga temporada de hibernación, pero resultaba que eso ya se había acabado, a los fantasmas no les daba miedo aparecer de nuevo a plena luz. ¿Quién sabe? En los siguientes años volverían a acudirle al recuerdo, como chantajistas. Y, al no poder volver a vivir el pasado, para enmendarlo, la mejor forma de convertirlos en inofensivos y mantenerlos a distancia sería metamorfosearlos en personajes de novela.

Esa noche, responsabilizaba del regreso de esos fantasmas a Camille y a Martine Hayward. La visita que habían hecho a la casa de la calle de DocteurKurzenne ¿era una casualidad? Existía seguramente un vínculo, por mínimo que fuera, entre ellas y ese nombre, Rose-Marie Krawell, escrito bien claro en la primea hoja del contrato de una agencia inmobiliaria donde también figuraría el de Martine Hayward. Pero todo eso no tenía gran importancia. Y, por lo demás, cuando él era un niño de la calle de DocteurKurzenne, nunca se había hecho preguntas acerca de las personas que lo rodeaban y nunca había intentado entender qué hacía allí entre ellas. Eran ellas, antes bien, pasados quince años, quienes habrían debido desconfiar de él. Podían pensar que había sido algo así como un testigo molesto. Y recordó el nombre de una película italiana que había visto en la cinemateca de Chaillot: *Los niños nos miran*.

No se había dado cuenta de que llevaba casi tres cuartos de hora andando por Auteuil, hasta una de las fronteras de ese barrio, bordeando el Sena, y que había vuelto sobre sus pasos. Ahora era ya completamente de noche. Iba por una callecita muy próxima al piso de ese tal René-Marco hasta cuya puerta había acompañado a Camille y a Martine Hayward. Se preguntó si no debería coger el ascensor de puerta acristalada de doble hoja que subía tan despacio que Camille temía que se parase entre dos pisos. Habría querido saber a qué carta quedarse: ¿AUTEUIL 15.28 era de verdad un número en desuso, como le había explicado Camille, o seguía siendo el del piso? ¿Y si algunas voces que había oído tras marcar AUTEUIL 15.28 y parecían voces de ultratumba fueran las de las personas en quienes se había fijado en el salón? La primera vez que Camille lo había llevado allí a lo mejor se había cruzado con Rose-Marie Krawell, pero, tras quince años, ¿habrían podido reconocerse? Las diez de la noche, la hora en que esos fantasmas estaban reunidos en los divanes bajos y anchos del salón.

Un día, a primera hora de la tarde, Bosmans decidió llamar a la puerta del piso. Si quería poner las cosas en claro –esa expresión se le había venido a la cabeza cuando había acompañado a Camille, conocida por «Calavera», y a Martine Hayward hasta la casa de la calle de Docteur-Kurzenne–, tenía que ver qué aspecto tenía ese piso en pleno día, y no, ya de anochecida, entre las sombras anónimas con las que se había codeado en la oscuridad.

Era una tarde de sol, precisamente, y en la luz de abril las siluetas de los transeúntes, el follaje de los árboles, las aceras, las fachadas de los edificios destacaban con precisión bajo el cielo azul, como si los hubieran lavado a chorros para librarlos de todo polvo y de toda falta de nitidez. Cogió el ascensor, cosa que no había hecho nunca hasta entonces por culpa de Camille. Bosmans estaba sentado en el banquito de terciopelo rojo y le habría gustado que esa ascensión lenta y suave prosiguiera indefinidamente. Entonces habría cerrado los ojos y no habría notado ya inquietud alguna.

Llamó tres veces, con cierta aprensión. A esa hora seguramente no había nadie en el piso. Nada turbaba el silencio. Le pareció incluso que el edificio estaba vacío. Volvió a llamar otras tres veces. Entonces oyó un ruido de pasos. La puerta se abrió y apareció esa a la que había visto, una noche, alejarse por el pasillo, llevando de la mano a un niño, durante su primera visita, y con la que se había cruzado en otra ocasión en el recibidor con el mismo chiquillo. Y «Calavera» le había dicho: «Son el hijo de René-Marco y su aya».

«Creo que vengo tempranísimo.» Y esa frase, que había preparado por si acaso, antes de llamar, la dijo con voz inexpresiva.

Pero ella no mostró sorpresa alguna. Había vuelto a cerrar la puerta tras entrar él y lo guiaba hasta el salón, como si se tratase de la sala de espera de un médico o de un dentista.

–Siéntese.

Le indicó uno de los amplios divanes y se sentó a su lado. Un montón de revistas en el diván. Una estaba abierta.

–Estaba leyendo mientras el niño duerme la siesta.

Lo dijo con naturalidad. ¿Había adivinado que él estaba al corriente de la existencia de ese niño?

–¿Por la tarde y por la noche no meten demasiado ruido los invitados?

–No, qué va, en absoluto. Hay mucho pasillo del salón a la habitación en que estamos. El niño siempre duerme muy bien.

Le había contestado con voz sosegada, mirándolo a los ojos.

–Ah, pues me tranquiliza usted.

Ella sonrió levemente. Debía de tener su edad, alrededor de veinte años. No parecía extrañarla su presencia ni sentir curiosidad por saber por qué había llamado a la puerta del piso tan a primera hora de la tarde.

–He venido de improviso. Esperaba ver al señor René-Marco para preguntarle una cosa.

Como no sabía el apellido de ese hombre, se sentía obligado a decir «el señor René-Marco».

–¿Se refiere al señor Heriford?

Mostraba de pronto la solicitud de una maestra de escuela que le corrige una falta de expresión a su alumno. Y eso le confería cierto encanto, debido a su edad.

–Sí, claro, me refiero al señor René-Marco Heriford.

Echó una mirada en torno. El salón no era ni poco ni mucho el de última hora de la tarde y de por las noches. Una habitación amplia y clara, con sus divanes de colores suaves, la ventana entornada que daba al follaje de un castaño, una mancha de sol en la pared del fondo, y esa joven, sentada a su lado, con el busto erguido y los brazos cruzados. Debía de haberse equivocado de piso.

–El señor Heriford vuelve siempre muy tarde. Durante el día estoy sola aquí con el niño.

–¿El hijo del señor René-Marco Heriford?

No había podido por menos de añadir el nombre al apellido para tener la completa seguridad de que no había confusiones con la persona.

–Exactamente.

–¿Y lleva usted mucho trabajando aquí?

–Dos años.

No le extrañaba ninguna pregunta, incluso aunque viniera de un desconocido.

–Intenté llamar antes de venir, pero ese número ya no funciona.

Le daba vergüenza mentirle, pero, bien pensado, era una mentira sin importancia.

–¿Qué número marcó?

–AUTEUIL 15.28.

–No, no. Los números tienen ahora siete cifras.

Lo miraba con extrañeza. Seguramente lo tomaba por un excéntrico.

–Luego le doy el número correcto si quiere.

Al verla tan bien dispuesta, pensó que podía hacerle otras preguntas.

–¿Y usted conoce a la mayoría de las personas que vienen por las noches?

En esta ocasión mostró cierta reticencia al contestar.

–Eso no es cosa mía.

Añadió, con un esfuerzo:

–En mi opinión, son amistades del señor Heriford.

¿Qué entendía por «amistades»?

–¿Y usted? ¿Es un amigo del señor Heriford?

Parecía tener ciertas dudas al respecto. Quizá porque el tal señor Heriford no era un hombre de la edad de Bosmans. Las pocas noches en que «Calavera» lo había llevado a ese salón, las personas con las que se había topado también eran mayores que él.

–Fue una amiga quien me presentó al señor Heriford: Camille Lucas. ¿La conoce?

–No. En absoluto.

–¿Y a otra amiga de Camille Lucas que viene a menudo por aquí: Martine Hayward?

–A veces me he cruzado con algunas personas por las noches, cuando le estaba preparando la cena al niño. Pero no sé cómo se llaman. Le diré al señor Heriford, si lo veo esta noche, que ha venido usted.

Reinó un breve silencio entre ambos. Quizá ella estaba esperando que se despidiera. Él buscaba algo que decir para ganar tiempo.

–¿Hasta qué hora duerme la siesta el niño?

–Hasta las tres y media. Luego, muchas veces, lo llevo a merendar a la Ferme d'Auteuil.

La Ferme d'Auteuil. Ese sitio, cerca del hipódromo, le trajo un recuerdo de infancia. Un restaurante al aire libre bajo las frondas. Y, al fondo de un jardín, un establo con unas cuantas vacas. Y, algo más allá, un poni. En su recuerdo, esa Ferme d'Auteuil estaba muy cerca del valle de Chevreuse, de la calle de Docteur-Kurzenne y de la zona de la Porte Molitor donde había nacido. Todo ello formaba una provincia secreta. Y ningún mapa de Estado Mayor ni ningún plano de París habría podido demostrarle lo contrario.

–Hace bien... Es una buena idea eso de la Ferme d'Auteuil.

–¿Y usted vive por el barrio?

No sabía si le había hecho esa pregunta por cortesía o por curiosidad.

–Sí, muy cerca de aquí. He venido a pie.

Le había mentido, pero al día siguiente, sin más demora, iba a buscar una habitación de alquiler en el barrio.

–Y el señor Heriford, ¿hace mucho que vive aquí?

Ella titubeó antes de contestarle.

–Creo que el piso se lo ha prestado una amiga.

¿Debía hacerle más preguntas? Acabaría por desconfiar. Pero, bien pensado, había que arriesgarse.

–¿Y la madre del niño?

Estaba claro que esa pregunta estaba de más.

Tras un momento embarazoso, ella dijo, bajando la vista:

–No sé... Nunca la he visto. El señor Heriford nunca me ha hablado de ella...

Él buscaba algo que decir para disipar el malestar. Puso la mano encima del montón de revistas que estaba entre los dos.

–¿Lee todas estas revistas?

Pero ella no lo había oído. Estaba pensando en otra cosa.

–No me atrevo a preguntarle por su mujer. Tengo la impresión de que se ha muerto...

Y era como si hablase consigo misma y hubiera olvidado su presencia. Luego, se volvió hacia él.

–Puede quedarse un rato más... El niño no se despierta hasta las tres y media...

Seguramente prefería no volver a quedarse sola. Debía de ocurrirle así todas las mañanas y todas las tardes en ese piso desierto. Una de las ventanas estaba entornada, pero no pasaba ningún coche por la calle. Y el silencio era tan hondo que se oía el roce del follaje. Las personas que se reunían a primera hora de la noche se iban del piso a esa hora a la que llaman las claras del alba. Y, después, ya solo quedaban ella y el niño en el cuarto del fondo.

–Pues claro... No tengo ninguna prisa... y le aseguro que para mí es un placer hacerle compañía.

Esas frases que se le acababan de escapar eran un tanto solemnes y rebuscadas, igual que si le hubiera recitado la última réplica de una obra de teatro o el último verso de un poema. Pero aparentemente no la habían sorprendido. Y, por lo demás, le había contestado en el mismo tono:

–Es muy amable por su parte... Y se lo agradezco.

Había mirado el reloj de pulsera.

–Ya solo faltan unos diez minutos. En cualquier caso, si sigue durmiendo, iré a despertarlo.

Y luego, como todos los días, saldría del piso con el niño e irían los dos hasta la Ferme d'Auteuil. En la pared del salón, la mancha de sol se había desplazado a la derecha, y se fijó en otra en el centro del diván, junto a ellos. Se había equivocado de piso. No, definitivamente, no podía ser el mismo salón que aquel al que lo había llevado en dos o tres ocasiones «Calavera» y donde intentaba uno seguir las conversaciones de alrededor sin entender ni una palabra. Y, según avanzaba la noche, la música que sonaba en sordina iba subiendo de volumen y la luz bajaba poco a poco y el salón no tardaba en quedarse a oscuras. Entonces no era ya hora de conversaciones. Unas sombras se enroscaban en los divanes y la música cubría sus cuchicheos y sus suspiros. Y, en cada ocasión, había aprovechado la oscuridad para

escurrirse por la puerta entornada del salón hasta el recibidor, dejando atrás a «Calavera» y a Martine Hayward entre todas las sombras enredadas en los divanes.

–¿En qué piensa?

Le había hecho esa pregunta con tono amable y desenfadado. Él no sabía qué contestar. Clavaba la vista en la mancha de sol del diván.

–Tengo la impresión de haberme equivocado de planta.

Pero se dio cuenta, por la mirada y por la forma de fruncir el ceño de ella, de que no entendía lo que quería decir.

–Este piso no es ya el mismo cuando se viene por las noches. Si no hubiera usted mencionado a ese señor René-Marco Heriford habría creído que me había equivocado de planta.

Ella lo había escuchado con mucha atención, la de una buena alumna que intenta seguir una clase complicada de matemáticas. Y luego se había quedado callada un momento, sin dejar de fruncir el entrecejo, con cara de estarles dando vueltas a todas las palabras que él acababa de pronunciar.

–No tengo la misma impresión que usted... Todo lo que ocurre aquí por las noches ni me va ni me viene. Y no intento saber nada más sobre las personas a las que recibe el señor Heriford. Solo me contrató para cuidar a ese niño. ¿Lo entiende?

Lo había dicho con tanta firmeza que le hizo el efecto de un cubo de agua fría que le tiran a uno a la cara para despertarlo. Se preguntó si alguna vez había ido a ese piso de noche y si no se trataría de un mal sueño, uno de esos sueños que vuelven con frecuencia. En todas las ocasiones, en el momento de quedarnos dormidos, nos da miedo que se repita, y es un sueño tan insistente que nos duran todo el día retazos de él, hasta tal punto que ya no podemos desenredar el día de la noche. Y sin embargo, «Calavera» sí que lo había traído a ese salón, entre todas esas sombras. Pero acababa por dudar de la existencia de «Calavera» y de la de Martine Hayward.

–He entendido lo que me ha dicho y creo que tiene razón.

Casi le habría dado las gracias por haberlo sacado de un mal sueño. Estaba convencido de que, si seguía con ella en ese salón hasta mediada la tarde y, luego, hasta primera hora de la noche, no llamaría nadie a la puerta del piso, ni «Calavera», ni Martine Hayward, ni Rose-Marie Krawell, ni otros fantasmas.

Ella miró el reloj de pulsera.

–Son las cuatro menos veinte. Tengo que ir a despertar al niño... Pero antes tengo que hacer una llamada... ¿Me disculpa?

Se levantó, le sonrió abiertamente y, por la puerta de doble hoja entornada, se metió en el cuarto de baño que daba al salón, cosa en la que ya se había fijado él la primera noche en que «Calavera» lo había llevado allí.

La oía hablar por teléfono, desde muy lejos, y supuso que estaba en un dormitorio, mucho más allá del cuarto de baño. La distribución de las habitaciones de ese piso le parecía rara, pero a lo mejor eran cosas suyas y se trataba de un piso corriente igual que los que encontraba uno a cientos en ese barrio residencial.

Ella volvió al cabo de unos minutos.

–Era por el niño. He llamado al doctor Rouveix... Por fin viene dentro de un rato a ponerle la vacuna...

Lo había dicho con algo parecido a una seriedad profesional, y como si él conociera al tal doctor Rouveix.

–Resulta práctico... El doctor Rouveix vive a dos pasos y siempre se desplaza por el niño.

Él pensó que debía despedirse antes de la visita del médico.

Se puso de pie.

–Y supongo que dentro de un rato se llevará al niño a la Ferme d'Auteuil.

–No lo sé. Le preguntaré al doctor Rouveix si no vale más que se quede en casa después de la vacuna.

Salió a despedirlo hasta la puerta del piso.

–Le doy el número de teléfono de ahora –dijo con una leve sonrisa–. El número de siete cifras.

Le alargó una hoja blanca doblada en cuatro.

–Puede llamar por la mañana o a primera hora de la tarde. Siempre estoy aquí.

Pareció titubear un momento. Luego, con voz algo más baja, dijo:

–Pero no llame por las noches a AUTEUIL 15.28. Se arriesga a toparse con gente poco recomendable.

Rió brevemente.

En el rellano, el ascensor parecía estarlo esperando, como si nadie lo hubiera utilizado desde que había llegado a primera hora de la tarde. Antes de cerrar la puerta del piso, ella le hizo una discreta seña con la mano.

En la calle, desdobló el papel que le había dado. Ponía: Kim 288.15.28.

Curioso nombre. Pero había en él algo alegre y pimpante, igual que el ruidito cristalino que hacía antes el revisor de los antiguos autobuses de plataforma al tirar de la cadena con un gesto brusco para anunciar que arrancaban. Y, además, el sol y el aire fresco eran tan primaverales como a primera hora de la tarde. Solo lo preocupaba un detalle: el nuevo número del piso tenía efectivamente siete cifras, pero allí seguían las cuatro últimas cifras del antiguo, AUTEUIL 15.28. Sin embargo, tenía la seguridad de no volver a oír esas voces de ultratumba si marcaba el 288.15.28. Había bastado con un hermoso día de primavera.

Al final de la calle de Michel-Ange se cruzó con un hombre moreno de rostro atezado, pelo corto y aspecto deportivo, que llevaba en la mano una cartera de cuero que iba balanceando un poco, como un péndulo. Intercambiaron una mirada y a punto estuvo de caer en la tentación de dirigirle la palabra. A lo mejor se trataba del doctor Rouveix. Se volvió y lo vio caminar con paso regular. Habría querido seguirlo para comprobar si se dirigía realmente a la casa, pero le pareció inútil e indiscreto. La próxima vez que llamase al 288.15.28, le describiría el aspecto físico de ese hombre a Kim y le preguntaría si se trataba efectivamente del doctor Rouveix.

Tenía una sensación de ingravidez al pasear esa tarde al azar por las calles de Auteuil. Pensaba en ese piso tan diferente de día y de noche, tanto que pertenecía a dos mundos paralelos. Pero ¿por qué iba a preocuparlo eso a él, que estaba acostumbrado a vivir en una estrecha frontera entre la realidad y el sueño y a dejar que ambos se iluminasen mutuamente y que a veces se mezclasen, mientras él seguía su camino con paso firme, sin desviarse un centímetro, pues sabía perfectamente que eso habría destruido un equilibrio precario? Más de una vez lo habían llamado «sonámbulo», y esa palabra le había parecido, hasta cierto punto, un elogio. Antaño se consultaba a los sonámbulos por su don para la videncia. No se sentía muy diferente de ellos. Lo esencial era no caerse de la cuerda floja y saber hasta qué límite puede uno soñar su vida.

De buena gana habría ido hasta la Ferme d'Auteuil para ver si encajaba con sus recuerdos. Seguramente el sitio había cambiado, en quince años, y perdido su aspecto rústico. Según se iba acercando a la zona del hipódromo, recordó que había ido una vez a esa Ferme

d'Auteuil en compañía de Rose-Marie Krawell y de un hombre moreno, más bien alto, a quien habría sido incapaz de reconocer si le hubieran enseñado una foto suya tal y como era por entonces. El único detalle que habría podido dar referido a ese hombre era el reloj que llevaba en la muñeca, un reloj enorme cuyas múltiples esferas, de diferentes tamaños, indicaban los días, los meses y los años, e incluso las diversas formas que adopta la luna cada noche. El hombre le había explicado todo eso alargándole el reloj y dándole permiso para ponérselo un ratito en la muñeca. Y le había especificado que se trataba de un «reloj del ejército americano», cuatro palabras cuya sonoridad había contado más para él que su significado exacto, puesto que aún le retumbaban en la memoria con un eco amortiguado.

En la Ferme d'Auteuil, aquella tarde, Rose-Marie Krawell estaba sentada enfrente de él. También se preguntaba si habría podido reconocerla a ella, quince años después. Una mujer rubia de grandes ojos claros. El pelo bastante corto. De estatura media. Con pulseras de eslabones grandes. Tales eran las expresiones aproximadas con que la habría descrito. Y además le quedaban unas cuantas impresiones. La voz grave. La forma un poco brusca de hablar. El mechero que sacaba del bolso y que le daba para que jugase. Un mechero perfumado.

Al salir de la Ferme d'Auteuil, habían subido los tres, Rose-Marie Krawell, el hombre y él, a un coche negro. Rose-Marie Krawell iba al volante, el hombre a su lado, y él en el asiento de atrás. Y habían acabado en un piso próximo a la Ferme d'Auteuil, porque el trayecto le había parecido corto. Pero, cuando se trata de recuerdos de infancia, no hay que fiarse de todo cuanto tenga que ver con las distancias y el tiempo que se tarda en ir de un sitio a otro, ni del orden de los acontecimientos que uno cree que han ocurrido en la misma tarde, aunque cada uno de ellos había sucedido con un intervalo de semanas o meses.

En un dormitorio del piso, Rose-Marie Krawell estaba sentada en el pico de un escritorio y hablaba por teléfono. Había recuperado el mechero, que le había prestado para jugar, y encendía un cigarrillo con ese mechero perfumado. El hombre del «reloj del ejército americano» estaba junto a él en un sofá y le enseñaba cómo se ponía en marcha un timbrecito, en ese reloj, a la hora que quería uno despertarse por las mañanas. Bastaba con poner la aguja azul encima del número de la hora y apretar un botón en la parte de abajo de la esfera. Pero, aparte de esos gestos concretos, no recordaba ningún otro detalle de aquel día, como si estuviera mirando con lupa el único trozo que quedaba de una foto rota.

Había llegado al bulevar, en las proximidades del hipódromo. Pero decidió de pronto no cruzar ese bulevar para ir a la Ferme d'Auteuil. Ya no tenía ganas de hacer él solo esa peregrinación. Se acordó de que

en la esfera del «reloj del ejército americano» se podía, con una simple presión, girar las agujas en sentido inverso. Si cruzase hoy los umbrales de la Ferme d'Auteuil y se sentase a una de las mesas, navegaría tiempo arriba. Volvería a estar en la misma mesa con Rose-Marie Krawell y el hombre del «reloj del ejército americano», pero con la edad que tenía ahora. Ellos serían exactamente los mismos que quince años antes. Y él podría por fin hacerles preguntas concretas. ¿Serían capaces de contestarlas? ¿Y querrían hacerlo?

Pero si quince años le parecían por entonces un periodo demasiado largo para que los recuerdos de infancia no se hubieran enturbiado definitivamente, ¿qué iba a poder decir ahora? Habían transcurrido casi cincuenta años desde aquel trayecto en coche con Camille y Martine Hayward por el valle de Chevreuse hasta la casa de la calle de Docteur-Kurzenne. Sí, casi cincuenta años desde la primera tarde que había pasado con Kim en el salón del piso de Auteuil y en que se había cruzado con el doctor Rouveix –era él, efectivamente–, aquella tarde de una primavera precoz cuyo año exacto le habría gustado mucho saber. ¿Primavera del sesenta y cuatro o del sesenta y cinco? Ambos se le confundían en la memoria sin que diera con puntos de referencia lo suficientemente concretos para diferenciarlos.

¿En qué circunstancias había conocido a Camille, conocida por «Calavera»? Nunca se lo había preguntado en cincuenta años. El tiempo había ido borrando sobre la marcha los diferentes periodos de su vida, ninguno de los cuales había estado vinculado al siguiente, de forma tal que esa vida no había sido una secuencia de rupturas, de avalanchas o incluso de amnesias.

Así que ¿dónde había coincidido con Camille la primera vez? Tras forzar mucho la memoria, apareció una imagen borrosa. Camille, sentada en un café, en una mesa cerca de la suya, un día de invierno, pues las otras siluetas que los rodeaban llevaban abrigo. Y llegó a la conclusión de que no podía ser sino el restaurante de la plaza Blanche, en la planta baja. Se veía efectivamente ese día cruzando la calle con Camille y entrando tras ella en la farmacia. Tenía delante unos cuantos clientes y parecía nerviosa. Llevaba en la mano una receta. Le explicó, en voz baja, que no estaba segura de que le fueran a despachar el medicamento porque la receta tenía fecha del año anterior. Pero, en cuanto le entregó esa receta a una de las farmacéuticas, esta fue hacia el fondo de la tienda y volvió con una cajita de color de rosa sin hacerle el menor comentario, una cajita de color de rosa que él se fijó más adelante que llevaba siempre en el bolso y ponía en la mesilla. Así es como damos con detalles en apariencia insignificantes que se habían quedado hibernando en la noche de los tiempos. Recordaba la gruesa capa de nieve en París aquel invierno, en la que se les hundía el calzado. Y las placas de hielo.

Camille vivía algo más abajo de la plaza Blanche, en una habitación en una calle en curva cuyo nombre había olvidado. Lo había intrigado desde el principio un detalle. Se llamaba Camille Lucas, pero había

descubierto en su habitación, una noche en que la estaba esperando, un pasaporte en que figuraba: Lucas, Camille Jeannette, apellido de casada: Gaul; nacida en Nantes el 16 de septiembre de 1943. Le había preguntado qué era eso de «apellido de casada: Gaul». Ella se había encogido de hombros.

–Me casé demasiado joven... Hace tres años que no veo a mi marido...

Trabajaba en una oficina. Había ido varias veces a buscarla a la primera planta de uno de esos edificios, enfrente de la estación de Saint-Lazare, en los que brillan de noche anuncios luminosos cuyas letras multicolores van desfilando sin parar. ¿Una oficina de qué, exactamente? Le había explicado que se trataba de un servicio de contabilidad. Pronunciaba la palabra «contabilidad» con tono trascendente. Tenía «estudios de contabilidad» y él nunca se había atrevido a preguntarle en qué consistían en realidad.

Se alegraba de haber conseguido ese trabajo en Saint-Lazare y haber dejado su empleo anterior, un puesto de «contabilidad» también, en un hotel y restaurante, algo más allá, en la calle de La Rochefoucauld.

A veces, un detalle le traía otros a la memoria, aglutinados con el primero, igual que la corriente arroja cúmulos de algas en descomposición. Y, además, la topografía también ayuda a espabilar los recuerdos más lejanos. Ahora se veía con «Calavera» en un café de Saint-Lazare, en la misma acera que el edificio de su oficina, uno de esos cafés demasiado próximos a la estación para que a los clientes les dé tiempo a entretenerse en ellos. Se toman la consumición en la barra antes de dejar que los arrastre el gentío de las horas punta y desaparezcan en él. Ese café era también como un puesto fronterizo del distrito octavo. Al fondo del local, la cristalera daba a una calle tranquila. Si iba uno de frente por ella hasta el final, se alejaba del gentío y de la cloaca de Saint-Lazare y, antes o después, llegaba a la sombra de los jardines de los Campos Elíseos.

En la mesa del fondo precisamente, pegado al cristal, se había sentado Bosmans en varias ocasiones en compañía de Camille y de uno de sus amigos, el único que le quedaba de entre los «colegas», como decía ella, del trabajo anterior.

Se trataba de un tal Michel de Gama. El nombre y el apellido se le habían quedado en la cabeza, pues, *a posteriori*, se había hecho muchas preguntas sobre el que los llevaba. Camille lo había conocido, pues, cuando trabajaba en el hotel y restaurante de la calle de La Rochefoucauld. Era más o menos socio del «jefe», y hablaban a menudo de otras personas, «colegas» o clientes de aquel Hotel Chatham.

Michel de Gama era mayor que ellos. Un hombre moreno, peinado hacia atrás y que vestía con demasiado rebuscamiento, con trajes

oscuros y corbatas en los mismos tonos. Según «Calavera», era de madre francesa y su padre había trabajado «en una embajada sudamericana». Él hablaba un francés muy peculiar, ora con un acento indescriptible, ora con entonaciones muy parisinas, usando palabras de jerga. Y, por esa disonancia, al oírlo notaba uno cierta incomodidad.

En el café de Saint-Lazare, Michel de Gama parecía estarse ocultando: los numerosos clientes que había alrededor de la barra lo volvían invisible, allí sentado, al fondo del todo, lejos del barullo y de la algarabía general. A la izquierda de su mesa, una puertecita acristalada daba a la calle tranquila, que debía de ser la de Anjou, la de L'Arcade o la de Pasquier. Usaba siempre la puertecita acristalada para entrar en el café, como quien se cuela en el cine por la salida de emergencia. Y esa leve incomodidad que sentía uno en presencia suya venía también del hecho de que, aunque hablase con locuacidad e incluso con cierto aplomo, se notaba que estaba ojo avizor, como si presintiera, a cada momento, una redada.

Bosmans le había preguntado a Camille por qué había seguido viendo al tal Michel de Gama, siendo así que le quedaba bastante mal recuerdo de todos aquellos a quienes había conocido en el hotel y restaurante de la calle de La Rochefoucauld. Le había contestado, de forma evasiva: «No quería que se enfadase». Estaba claro que le inspiraba cierto temor. Siempre andaba por el barrio y corría el riesgo de encontrárselo a la salida del trabajo o algo más allá, por donde vivía.

Confesó que prefería no encontrarse a solas con Michel de Gama y, siempre que quedaban, le pedía a Bosmans que la acompañase. Una tarde, a eso de las cinco, estaba sentado en la mesa de costumbre, al fondo del café, entre Camille y Michel de Gama. Se fijó en que este llevaba en un dedo de la mano izquierda una sortija de sello en cuyo chatón iba grabado un escudo de armas. Y seguramente fue por esa sortija por lo que le hizo una pregunta con tono levemente irónico:

–¿Es usted pariente del explorador Vasco de Gama?

El otro clavó en él una mirada dura y se quedó un momento en silencio, ese silencio que es presagio de una amenaza. Camille también había sorprendido esa mirada y parecía nerviosa.

–¿Me oye? Le pregunto si es pariente del explorador Vasco de Gama.

Él, que era tan afable y tan manso, podía llegar a ser insolente en presencia de una persona por quien no sentía simpatía alguna.

Pero, de repente, la mirada dura se había velado y Michel de Gama sonreía ampliamente, por más que la sonrisa pareciera forzada.

–Veo que le interesa mi familia. Por desgracia, no puedo proporcionarle mucha información.

Había pronunciado esas palabras con ese acento extranjero que ponía de vez en cuando y que parecía afectado. Y lo miraba fijamente

como si quisiera darle a entender que estaba claro que valía más cambiar de conversación.

–No pasa nada –había dicho Camille, encogiéndose de hombros–. A Jean le interesan mucho la genealogía y los apellidos.

Habían salido los tres por la puertecita acristalada. En la acera, antes de separarse de ellos, Michel de Gama le había dado un apretón de manos.

–¿Sabe? En la vida no hay que ser demasiado curioso –le había dicho.

Y de nuevo otra sonrisa, pero que nada tenía de amistosa debido a la fría mirada que clavaba en él.

Se alejaba por la calle de L'Arcade o por la calle de Pasquier, o por la de Anjou. Ellos se quedaron quietos y callados, como si estuvieran esperando a perderlo de vista.

Camille estaba pensativa.

–Hay que tener cuidado con él, a veces es un poco susceptible.

Y le explicó, con medias palabras, que a Michel de Gama y a las pocas personas a las que había conocido en aquel Hotel Chatham, aunque siempre habían sido muy amables con ella, no les agradaba mucho que les hicieran preguntas. Y, sin embargo, «desde el punto de vista de la contabilidad», todo parecía «normal» e incluso «irreprochable» en el Hotel Chatham.

Él no entendía quiénes eran exactamente esas personas y las explicaciones de Camille carecían de precisión. Se daba cuenta de que ella tenía miedo de hablar de más. Había, pues, el director de ese Hotel Chatham, uno de cuyos colaboradores era Michel de Gama, y dos amigos suyos que llevaban el restaurante. Y unos cuantos amigos más, clientes del hotel y del restaurante. Formaban un «grupo» de unas diez personas. Tuvo que esperar muchos años aún antes de saber algo más del Hotel Chatham y del «grupo» al que había aludido Camille, una camarilla de individuos bastante inquietantes. Pero esa perspectiva no cambió en nada los recuerdos que conservaba de aquel periodo de su vida. Antes bien, ratificaba algunas impresiones que había tenido, y las recuperaba intactas y con no menor fuerza, como si el tiempo hubiera quedado abolido. En aquella época, no había parado de caminar por París entre una luz que prestaba a las personas con las que se cruzaba y a las calles una fosforescencia muy viva. Luego, poco a poco, al envejecer, había notado que la luz se había empobrecido; ahora devolvía a la gente y a las cosas su auténtico aspecto y sus auténticos colores apagados, los colores de la vida corriente. Se decía que su atención de espectador nocturno también se había debilitado. Pero era quizá que, después de tantos años, ese mundo y esas calles habían cambiado tanto que ya no le decían nada.

Volvió a acompañar dos o tres veces a Camille a sus citas de Saint-Lazare con Michel de Gama. Este parecía haber olvidado, o haberle perdonado, la pregunta referida a su apellido y se mostraba, aparentemente, amabilísimo. En la última de esas citas en el café, le había dicho a Camille, señalando a Bosmans: «La verdad es que deberías llevarlo una noche a cenar con nosotros al Chatham».

Camille, apurada, callaba. Michel de Gama se había vuelto hacia él:

–Tengo curiosidad por saber qué le va a parecer el Chatham... Estoy seguro de que le interesará el sitio.

–Sí, pero no está acostumbrado a salir hasta tarde e ir a sitios así –había dicho Camille, muy seca, como si quisiera protegerlo

–Entonces venga solamente a tomar una copa –había dicho Michel de Gama.

–Con mucho gusto.

A Camille parecía extrañarle su respuesta. Pero esa invitación le había parecido sin importancia. Sentía remordimientos por haber ofendido a aquel hombre al citar el otro día a Vasco de Gama, aunque no entendía por qué se había molestado por tan poca cosa.

–Vengan los dos mañana a las siete.

Se alejaba por la calle, muy tieso con su traje oscuro. No llevaba abrigo, pese al frío, seguramente para presumir.

–No deberías haber aceptado –le dijo Camille–. No es un tipo muy recomendable.

Que ese «tipo» fuese o no fuese recomendable no contaba para Bosmans. ¿Qué podía temer de él? Y, para empezar, ¿se llamaba de verdad Michel de Gama? Había tardado muy poco en hacerse esa pregunta. Si un hombre no lleva su auténtico apellido es que duda de sí mismo. Y, además, en el café de Saint-Lazare siempre estaba sentado de espaldas a la pared y lanzaba una mirada de intranquilidad a los clientes de paso, allá, en la barra, como si no se sintiera del todo seguro. «Tengo curiosidad por saber qué le va a parecer el Chatham», le había dicho. Y él, Bosmans, tenía curiosidad por observar el comportamiento de Michel de Gama en aquel sitio.

Una de esas calles tranquilas, antes de las inmediaciones de las plazas de Pigalle y Blanche, en la zona que él llamaba «las primeras cuestas». La fachada y la entrada del hotel no se diferenciaban de los edificios vecinos. La sala del restaurante daba a la calle. A la entrada del hotel, en una placa ovalada de mármol negro había la siguiente

inscripción en letras doradas: HOTEL CHATHAM.

Camille se había quedado parada en la acera con expresión preocupada.

–Se me hace raro volver por aquí.

Michel de Gama los esperaba en algo parecido a un saloncito, a la izquierda de la recepción, con una chimenea de mármol blanco encima de la cual había un reloj de sobremesa antiguo. Unos cuantos grabados en las paredes representaban escenas de caza. En un rincón de la habitación, un bar de madera oscura. Se habría creído uno en una hospedería de provincias.

Parecía más relajado que en el café de Saint-Lazare. Les indicó con un ademán que se sentasen en el sofá que estaba cerca del bar. Luego se encaminó hacia este y echó en tres copas un licor que, por la forma de la botella, debía de ser oporto.

Se sentó enfrente de ellos. Clavaba en Bosmans una mirada interrogativa, como si esperase de él una valoración del hotel. Había que decir algo enseguida.

–Es un sitio muy tranquilo…

Bosmans lamentaba que no se le ocurrieran otras palabras. Pero, para mayor alivio suyo, a Michel de Gama le iluminó el rostro una sonrisa.

–Eso es exactamente lo que hemos querido hacer mi socio Guy Vincent y yo –dijo, con un leve acento extranjero en esta ocasión–. Algo tranquilo, sencillo y clásico.

Y alargaba la copa para que brindasen los tres.

–Camille podría enseñarle su antiguo despacho.

–Ay, no… mejor no.

Lo había dicho con voz suave, como para disculparse y no herir a Michel de Gama.

–Es el despacho de mi socio Guy Vincent. No está mucho en París y se lo había prestado a Camille.

Ella movía la cabeza, con cara de tomarse los males con paciencia. Bosmans temía que se pusiera de pie de pronto y se lo llevase a la calle.

–Nuestros clientes son parroquianos. Y a menudo amigos nuestros. Es como un club pequeño.

Había forzado el acento extranjero y se notaban entonaciones inglesas. Para esa manera de hablar y para el corte del traje tomaba seguramente por modelo a algún hombre elegante a quien admiraba.

–Aquí no hay nadie antes de la hora de cenar –dijo de pronto Michel de Gama, seguramente para justificar el silencio que reinaba en el hotel–. Es la hora tranquila… La hora azul, como diría mi socio Guy Vincent…

Era la tercera vez que oía pronunciar Bosmans las palabras «mi socio

Guy Vincent». Ese nombre, Guy Vincent, no le resultaba desconocido. Pero allí, sobre la marcha, si le hubieran preguntado de improviso, habría sido incapaz de decir exactamente qué le recordaba. A lo mejor le llamaba la atención la sonoridad tan sencilla de ese nombre.

Michel de Gama no tenía ya esa mirada intranquila que era la suya en Saint-Lazare. Parecía a gusto en el bar, o más bien en el salón de aquel hotel, como si estuviera en su casa y disfrutase, entre esas paredes, de una especie de inmunidad diplomática. Pero, seguramente, esta no tenía ya validez en cuanto pisaba la calle. ¿En qué situación estaba exactamente? ¿Quizá tenía denegada la estancia? A Bosmans le habría gustado preguntárselo.

–Debería enseñarle las habitaciones.

–Esta noche, no –dijo Camille con tono cortante–. De todas formas, ya volveremos.

Pero se adivinaba que lo decía por decir algo.

–Camille dormía a veces en una de las habitaciones –dijo Michel de Gama, volviéndose hacia él.

–Solo los días en que tenía mucho trabajo y debía levantarme muy temprano.

Y tenía un toque de exasperación en la voz.

Michel de Gama se sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos ingleses y encendió uno con un mechero. Tuvo que hacer dos intentos antes de que prendiera la llama, una llama alta que sorprendió un tanto a Bosmans cuando el otro cerró el mechero; ese chasquido seco le recordó algo.

–Tiene un mechero muy bonito.

Y le dio la sensación de que esa frase no acababa de pronunciarla él, sino otro.

–Y con una llama muy hermosa… ¿Quiere probarlo?

Michel de Gama le alargaba el mechero. Nada más cogerlo entre el pulgar y el índice recuperó una sensación antigua. Se confirmó cuando la llama brotó de nuevo, una llama que uno no se esperaba que fuera tan alta, dado el reducido tamaño del mechero. Esa sensación lo hizo retroceder bruscamente quince años, y el impacto fue tan inesperado como el de los autos de choque de su infancia. Vio, a la luz de un relámpago, a Rose-Marie Krawell alargarle el mismo mechero y decirle que tuviera cuidado con la llama.

–Sí, un mechero muy bonito. Pero hay que tener cuidado con la llama.

Le había devuelto el mechero a Michel de Gama, y este lo miraba extrañado, porque Bosmans debía de tener una expresión muy rara según repetía una frase que le volvía desde tan lejos.

–Enséñale por lo menos tu antiguo despacho –dijo Michel de Gama, volviéndose hacia Camille.

Ella se levantó en silencio. Había cogido del brazo a Bosmans e iban por un pasillo largo con unas luces en el techo que le parecieron lamparillas.

–Te enseño el despacho y luego le explicamos que nos tenemos que ir –le dijo en voz baja.

Abrió una puerta en la que había una plaquita dorada con un número y que, al principio, había debido de ser la puerta de una de las habitaciones del hotel. La luz caía de un plafón, una luz muy débil. Un escritorio de madera clara en el centro de la habitación y, en la esquina, un diván muy estrecho. La ventana daba a un patio.

–¿Aquí es donde llevabas la contabilidad?

No había ironía alguna en su voz, sino más bien un tono serio.

–Sí. Aquí es.

Él se dirigió al escritorio y se acomodó en el asiento que había detrás. A ambos lados, muchos cajones.

–¿Así que era el escritorio de Guy Vincent?

Ella aprobó, asintiendo con la cabeza, pero hubiérase dicho que estaba pensando en otra cosa, quizá en irse de esa habitación lo antes posible. La llama del mechero que le había dado Michel de Gama había sido reveladora. Esa llama iluminaba un cuarto oscuro, y ese nombre, Guy Vincent, tras una prolongada temporada de amnesia, había vuelto a serle familiar.

Había una foto, precisamente, en la esquina derecha del escritorio en un marco de cuero granate e, inclinándose hacia ella, reconoció a Guy Vincent, que tenía a una mujer cogida por el hombro, la suya, una mujer cuyo nombre recordaba: Gaëlle. Pero iba menos que él a la casa de la calle de Docteur-Kurzenne. Bosmans no la recordaba sino en pleno día. Nunca había dormido en la casa. Cuando Guy Vincent iba solo, ocupaba el dormitorio grande del primer piso. Lo reconocía en la foto: el pelo corto, la elevada estatura, los ojos claros. Creía, por entonces, que Guy Vincent era «americano» por su porte y su coche descapotable, y también porque había oído decir que había pasado mucho tiempo en América. Y sin embargo tenía un nombre francés. Recordaba de repente una frase de Guy Vincent, una tarde en que le había pedido que fuera a ver si había cartas para él en el buzón, en la calle de Docteur-Kurzenne. Efectivamente, había encontrado una carta en cuyo sobre ponía: Roger Vincent, con las señas de la casa. Al dársela, él había dicho: «¿Sabes? Me gusta cambiar de nombre de vez en cuando», como si le debiera una explicación.

Camille estaba de pie delante de él y lo observaba en silencio. Cruzaron una mirada. ¿Sospechaba algo? No sabía prácticamente nada de él, nunca le había hablado de cómo había sido su vida antes de que se conocieran y, sobre todo, nunca se le habría pasado por la cabeza sacar a relucir delante de ella sus recuerdos de infancia. Y, además,

tenía la sensación de que lo único que le importaba era el momento presente.

Abrió, uno por uno, los cajones de ambos lados del escritorio, para comprobar su contenido, lo que hizo sonreír a Camille.

–¿Qué, estás haciendo un registro?

Lo había dicho con tono de burla, y la palabra «registro» le causó cierta incomodidad. ¿Por qué había usado esa expresión?

Los cajones de la izquierda estaban vacíos. Vacíos también los tres primeros de la derecha. Pero en el cajón de abajo había tres hojas de papel de cartas y una libreta encuadernada en cuero verde.

Camille se había sentado en el estrecho diván con la espalda apoyada en la pared. Y seguía observándolo con la sonrisa en los labios. Se trataba efectivamente de tres hojas de papel de cartas, vírgenes, que el tiempo había vuelto un poco amarillentas y en cuya parte de arriba ponía, con letras en filigrana: «Guy Vincent. Calle de Nicolas-Chuquet, 12. París XVII». Y la libreta de cuero verde era una agenda, pero, curiosamente, habían arrancado la página que habría indicado el año.

Dobló las hojas de papel en cuatro y se las metió en el bolsillo interior de la chaqueta, y también la agenda. La foto del marco de cuero era demasiado grande para que pudiera esconderla en otro bolsillo. Camille se había fijado en el titubeo. Le señaló su bolso, casi del tamaño de una bolsa de viaje. Él metió la foto.

–¿Conoces a Guy Vincent? –le preguntó.

–Solo lo he visto una vez, cuando empecé a trabajar aquí. Casi nunca está en París.

Hablaba con voz sosegada, indiferente. No había mostrado sorpresa alguna al verlo coger las hojas de papel de cartas, la agenda y la foto.

–¿No estarás enterada de en qué ocasión conoció Michel de Gama a Guy Vincent?

A ella no pareció extrañarle la pregunta.

–Pues no, no lo sé...

Se había encogido de hombros. Semejante indiferencia y semejante desenfado le parecieron de pronto sospechosos y se acordó de la palabra «registro», que había usado cuando lo vio hurgar en los cajones del escritorio.

–¿Se conocieron en la cárcel?

Le había hecho la pregunta con mucha brusquedad. En el caso de que ella supiera sobre Guy Vincent más de lo que quisiera reconocer, era quizá una forma de hacerla hablar. Pero seguía sonriendo como si no lo hubiera oído.

–Deberías preguntárselo tú.

Y esa respuesta la había dado con el tono amable de alguien que nos da, humildemente, un consejo.

Encontraron a Michel de Gama solo en la recepción del hotel, acabando de hablar por teléfono.

–¿Qué, le ha enseñado el despacho de mi socio Guy Vincent?

Él también sonreía, pero con una sonrisa diferente de la de Camille, una sonrisa un poco forzada, como si lo preocupase algo. A lo mejor lo que acababa de decirle por teléfono su interlocutor. De pronto, Bosmans supuso que Michel de Gama había querido reunirse con ellos en el despacho de su «socio Guy Vincent» y que, en el momento de abrir la puerta, había sorprendido las palabras de ambos y, en particular, la frase que había dicho él demasiado alto: «¿Se conocieron en la cárcel?». Y se arrepintió en el acto de haber pronunciado semejante frase y de haber perdido la sangre fría.

–Sobre todo tenía curiosidad por ver el sitio en que trabajaba Camille.

En esta ocasión se había esforzado por adoptar el tono de un buen chico.

–Podría seguir trabajando ahí… Y estamos de verdad muy disgustados de que nos haya dejado.

A Bosmans le habría gustado saber si en ese «nosotros» iba incluido también Guy Vincent.

–¿A que sí, Camille? No nos esperábamos en absoluto que se fuera.

Ella separaba tímidamente los brazos, en señal de impotencia, y también parecía una muchacha candorosa.

–Es tarde –dijo, tendiéndole la mano a Michel de Gama–.Vamos a tener que irnos.

Él salió a despedirlos hasta la puerta del hotel y se detuvo en la linde de la acera. A Bosmans le volvió a la cabeza lo que había pensado antes: ese hombre no podía poner un pie en la calle porque tenía denegada la estancia.

–Me gusta mucho su hotel –le dijo a Michel de Gama–. Debe uno de sentirse muy tranquilo en él, que es algo cada vez más infrecuente en París.

Pero le pareció que no bastaba y añadió:

–Los felicito a usted y a su socio.

A Michel de Gama se le suavizó la sonrisa.

–Se habría alegrado mucho de oírlo a usted.

Le dio un apretón de manos y a Bosmans le entró vértigo. Bastaba con unas pocas frases para caer al vacío: «Dele muchos recuerdos de mi parte… A lo mejor su socio me recuerda aún… Era en los tiempos en que le gustaba cambiar de nombre».

–Espero que volvamos a coincidir muy pronto –le dijo Michel de Gama–. Lo antes posible.

Sintió alivio al caminar con paso firme por la acera y haber resistido al vértigo. Camille sacó del bolso la fotografía de Guy Vincent y de su

mujer en su marco de cuero.

–Toma… antes de que se me olvide…

No parecía deseosa de saber por qué había robado esa foto, la agenda y las hojas de papel de cartas. ¿Y si Michel de Gama lo notaba? Aparentemente eso tampoco parecía habérsele pasado por la cabeza. Él se había acostumbrado a su desenfado, pero la verdad es que en eso le extrañaba su falta de curiosidad. Se dijo que, bien pensado, si el tal Guy Vincent tenía que ver con algunos recuerdos suyos de infancia, eso a ella ni le iba ni le venía y le era por completo indiferente.

Le resultaba imposible a Bosmans, después de cincuenta años, establecer la cronología exacta de esos dos acontecimientos del pasado: cruzar por el valle de Chevreuse en coche con Camille y Martine Hayward para ir a parar delante de la casa de la calle de Docteur-Kurzenne e ir a ver el Hotel Chatham, donde Camille y él habían acabado en el despacho de Guy Vincent.

Todos los puntos de referencia se habían borrado con el tiempo, de forma tal que esos dos acontecimientos, vistos a tanta distancia, le parecían simultáneos, e incluso acababan por mezclarse, igual que dos fotos diferentes que alguien hubiera mezclado mediante un proceso de sobreimpresión.

Una coincidencia lo alteraba. ¿Por qué azar Camille y Martine Hayward lo habían devuelto, en dos ocasiones, a un periodo de su infancia del que llevaba quince años sin acordarse? Hubiérase dicho que lo hacían deliberadamente, con un propósito que él ignoraba y que alguien les había proporcionado información sobre algunos detalles de los comienzos de su vida.

Camille había llevado una contabilidad en el Hotel Chatham, en el despacho de Guy Vincent, y Martine Hayward había alquilado la casa de la calle de Docteur-Kurzenne, de la que Rose-Marie Krawell, por entonces, seguía siendo dueña. Y, entre las notas que había tomado para poner orden en todo aquello, figuraba la respuesta de Camille cuando él le había preguntado a Martine Hayward si conocía a la dueña de la casa: «Creo que es René-Marco quien la conoce».

A las notas les había añadido una especie de esquema, como para guiarse por un laberinto:

Camille Lucas, conocida por «Calavera» Hotel Chatham	→	Michel de Gama –Guy Vincent–
Martine Hayward Hospedería de Le Moulin-de-Vert-Cœur (cerca de Chevreuse)	→	Casa de la calle de Docteur-Kurzenne
René-Marco Heriford (Piso de Auteuil) AUTEUIL 15.28 («la red»)	→	Rose-Marie Krawell

Se proponía completar ese esquema según le fueran volviendo a la memoria, o descubriese durante sus investigaciones, otros nombres relacionados con los que había exhumado del olvido. Y a lo mejor conseguía trazar un plano de conjunto.

Era una empresa difícil, pero instructiva. Al principio nos parece que nos topamos con coincidencias, pero, al cabo de cincuenta años, tenemos una vista panorámica de nuestra vida. Y nos decimos que, si excavásemos muy hondo, como los arqueólogos, que acaban por sacar a la luz toda una ciudad sepultada y el enredo de sus calles, nos quedaríamos asombrados al descubrir vínculos con personas cuya existencia no habríamos sospechado o de quienes nos habíamos olvidado, una red que nos rodea y se extiende hasta el infinito.

Tan estupendas reflexiones no le impedían sentir un desasosiego al que intentaba sobreponerse diciéndose que la imaginación le jugaba malas pasadas. Había momentos del día en que se reía de sí mismo y confeccionaba una lista de títulos de novelas que traducían la disposición de ánimo en que se encontraba:

–El regreso de los fantasmas
–El misterio del Hotel Chatham
–La casa encantada de la calle de Docteur-Kurzenne –Auteuil 15.28
–La cita de Saint-Lazare
–El despacho de Guy Vincent
–La vida secreta de René-Marco Heriford

Pero por las noches, en las horas de insomnio, no le apetecía ya

reírse. Se persuadía de que toda aquella gente –incluso Camille– estaba al tanto de los más mínimos detalles de su infancia y, sobre todo, de aquella larga temporada que había pasado en la casa de la calle de Docteur-Kurzenne. Y ese círculo, quince años después, se había estrechado en torno a él. Un juego del gato y el ratón cuyos motivos intentaba comprender.

En la segunda visita que hizo, a primera hora de la tarde, al piso de Auteuil, la puerta de la garita del conserje estaba entornada, y le habría gustado mucho hacerle unas cuantas preguntas a este. Seguramente estaba enterado de las idas y venidas de gente que subía a última hora de la tarde y por la noche al piso y salía de madrugada; los demás vecinos del edificio debían de haber comentado algo sobre el asunto. Pero prefirió no arriesgarse a que lo viera alguien.

Subió en el ascensor con puerta acristalada de doble hoja. Ella le abrió sin que tuviera necesidad de llamar. A lo mejor acechaba el golpe de la puerta metálica del ascensor. Igual que la primera vez, lo llevó en silencio hasta el salón, y se sentaron los dos juntos en el diván de la otra tarde. Allí seguía el montón de revistas, y también seguía una de ellas abierta en medio del diván.

En la mesa baja, dos vasos de zumo de naranja. Ella cogió uno y se lo alargó. La mancha de sol estaba en su sitio, en la pared, frente a ellos. En adelante, iría allí a diario, a la misma hora, y en todas las ocasiones ella abriría la puerta sin que llamase. Y así durante años y años. *El eterno retorno de lo mismo*, un título que había leído en la tapa de un libro de filosofía que le había prestado su profesor, Maurice Caveing.

–¿El niño está durmiendo la siesta?

Y esa sería la primera frase que le dijera después de acomodarse en el diván, y así hasta la consumación de los siglos.

–No, los martes por la tarde va al jardín de infancia, muy cerca de aquí.

Notó que quería añadir algo, pero que andaba buscando las palabras.

–Me daba miedo que hubiera llamado al número antiguo, AUTEUIL 15.28, y no al que le di.

–No, no. Sé diferenciar perfectamente entre el día y la noche.

Y era cierto que a aquella hora, en aquel salón, todo parecía claro, sencillo y natural.

–La otra vez, al salir de aquí, creo que me crucé por la calle con el doctor Rouveix. Un hombre moreno, atezado, de pelo corto, con una cartera negra.

–Era él.

–¿Y fue todo bien?

–Sí, en realidad no era una vacuna, sino un refuerzo.

Habría querido que esa conversación siguiera toda la tarde en el

mismo tono.

Tenía el vaso de zumo de naranja en la mano.

–¿Y si brindásemos?

Ella soltó una breve carcajada.

–Con mucho gusto.

Los vasos chocaron con un ruido cristalino.

Él acabó por preguntar:

–¿Y piensa seguir aún algún tiempo por aquí?

–Hasta que empiece el curso que viene. He conseguido una plaza de maestra en Neuilly, en el colegio Marymount. ¿Lo conoce?

No, nunca había oído hablar de ese colegio. Pero no tenía importancia. El nombre, «Marymount», era de ley.

–Un colegio que llevan unas monjas irlandesas. He conseguido que el señor Heriford matricule al niño. Así me parecerá que no me separo de él.

Había dicho las últimas palabras con voz seria, como si se sintiera responsable de ese niño.

–He pensado mucho en lo que me dijo la última vez. Si no contesté fue en realidad porque no quería meterme en lo que no me importaba.

De repente parecía mucho más madura de lo que correspondía a su edad; y ese contraste entre su aspecto adolescente, o de niña crecida demasiado deprisa, y la voz seria le recordó al personaje de una novela que llevaba unas semanas leyendo: *La pequeña Dorrit*.

–Yo también me hago muchas preguntas acerca de esa gente, ya que soy responsable de este niño.

Tomó un sorbo de zumo de naranja, seguramente para reunir valor para explicarle lo que la traía a mal traer.

–Llegué aquí por mediación de una agencia de colocación de nurses, ayas y empleadas del hogar... La agencia Stewart...

Fruncía el entrecejo. Aparentemente, estaba intentando entender una situación que le parecía bastante confusa. ¿No era acaso una trayectoria análoga a la de él? ¿Quién sabe? A lo mejor podían ayudarse mutuamente. Ella había adivinado seguramente que ambos se hacían las mismas preguntas.

–No sé gran cosa del tal señor Heriford. En la agencia Stewart me dijeron que su mujer se había muerto, o que había desaparecido.

–¿Y durante el día no está nunca aquí?

–Nunca. Creo que se va muy temprano por la mañana. Me pregunto incluso si duerme aquí.

Parecía aliviada al confiarle a alguien los detalles que observaba a su alrededor desde que se ocupaba de ese niño. Y todas las noches, se dijo él, cuando estaba en el cuarto del fondo, debía de resultarle difícil sentirse en terreno desconocido.

–Se ha limitado a darme un número de teléfono en el que localizarlo

durante el día.

A él le habría gustado pedirle que se lo enseñase, pero seguramente era de esos números nuevos, con cifras, que a uno no le dicen nada. Al menos, con el prefijo de los números antiguos, se sabía enseguida de qué barrio se trataba. Y eso facilitaba las investigaciones.

–A lo mejor trabaja en una oficina.

–A lo mejor.

Pero no parecía muy convencida.

–Me había preguntado usted quiénes venían aquí a última hora o por la noche. He podido enterarme de los nombres de algunas personas.

Se estaba poniendo de pie.

–¿Me permite? Los he apuntado en un cuaderno.

Salió de la habitación, y él se quedó solo en el salón silencioso y soleado. La ventana estaba entornada y el follaje del castaño oscilaba despacio. Con los ojos clavados en ese follaje, dejaba que lo acunara. Cincuenta años después, se acordaba de ese momento, en el que el tiempo se había detenido. Recordaba también aquella luz de primavera en la que flotaba, y en la que ahora ya nada tenía importancia.

Se sobresaltó cuando ella volvió al salón, como si se despertase. Volvió a sentarse a su lado. Llevaba en la mano un cuaderno escolar de tapas azul cielo. Lo abrió e inclinó hacia las hojas cuadriculadas un rostro preocupado.

–Sí que hay entre estos nombres una señora Hayward. La otra vez me había dicho que la conocía.

Lo sorprendía que a ella se le hubiera quedado ese apellido. Era la prueba de que había escuchado atentamente sus más mínimas palabras.

–Viene con mucha frecuencia por aquí, sola o acompañada de su marido, que se llama Philippe Hayward. Es un amigo del señor Heriford.

–¿Y Camille Lucas figura en su lista?

No se atrevía a decirle que la apodaban «Calavera».

–Sí, ella también es amiga del señor Heriford. Puedo decirle otros nombres.

Volvía a consultar el cuaderno. De esos nombres tres le recordaban algo: Andrée Karvé. Jean Terrail. Guy Vincent. Y seguramente algunos más si leyese la lista con calma.

–¿Y todos esos nombres dónde los ha encontrado?

–En la agenda del señor Heriford. Se la dejó olvidada aquí la semana pasada. Son seguramente personas que vienen por las noches.

Volvía a cerrar el cuaderno. Esperaba a que él comentase algo de todo aquello e incluso, quizá, que le diese la solución de un enigma.

–Conozco los nombres de algunas personas. Si me deja la lista, estoy seguro de que, de entre todos esos nombres, habrá otros que me recuerden algo. Y entenderemos mejor lo que ocurre aquí.

Ella lo escuchaba atentamente y asentía con la cabeza. Lo sorprendía tanta buena voluntad.

–Sería preferible que usted no volviese más aquí por las noches –dijo–. Es demasiado arriesgado… Estas personas no son buena compañía.

Notó que se preocupaba por él y que, incluso, intentaba protegerlo. Y eso lo conmovió en una chica de apariencia tan frágil.

–Me quedaré tranquila cuando ocupe mi puesto en Marymount. Y para el niño será mucho mejor estar matriculado allí.

Estaba a punto de hacerle una confidencia. Por fin se decidió:

–Estuve a punto de hablarle de esto al doctor Rouveix para pedirle un consejo, pero ahora que está usted aquí…

–Sobre todo no se preocupe…

Se encogió de hombros y señaló la ventana entornada.

–Nunca he visto una primavera tan hermosa en París.

Ella tenía los ojos clavados en la ventana y en el follaje del castaño. Se volvió hacia él y, aparentemente, había desaparecido toda su intranquilidad.

Bosmans se preguntaba si había dicho efectivamente entonces «Nunca he visto una primavera tan hermosa en París» o si se trataba más bien del recuerdo de aquella primavera lo que lo llevaba a escribir esas palabras ahora, cincuenta años después. Había muchas probabilidades de que no hubiera dicho nada.

–Ahora que me acuerdo… No sé si esto le interesará…

Hojeaba el cuaderno velozmente y se detuvo en una página en la que, por lo visto, había apuntado algo.

–El señor Heriford no tiene alquilado este piso. Se lo presta una amiga. Cuando empecé a trabajar aquí, hace dos años, me mandó dos o tres veces a echar cartas para ella.

Agachando la cabeza hacia el cuaderno, fruncía el ceño, como si precisase leer una palabra que se entendía mal.

–Se llama Rose-Marie Krawell.

–¿Ah, sí? ¿Y vive en París?

–En los sobres había unas señas del sur de Francia. ¿Ese nombre le suena de algo?

–No. De nada.

Se había esforzado por quedarse impasible. Bien pensado, a lo mejor le estaba tendiendo una trampa. Pero en realidad no tenía motivo alguno para desconfiar de ella como desconfiaba de «Calavera» y de Martine Hayward.

–¿Y alguna vez la ha visto aquí?

–Solo en una ocasión, hace dos años. Había venido a ver al señor Heriford. Una mujer de unos cincuenta años, rubia, con el pelo bastante corto y que fuma mucho.

Le entraron ganas de preguntarle si Rose-Marie Krawell seguía usando un mechero para encender los cigarrillos, aquel mecherito perfumado, de plata, que le prestaba, recomendándole que tuviera cuidado con la llama.

–Llamaba de tú al señor Heriford.

Él callaba mientras esperaba que le diera más detalles. Pero eso era cuanto recordaba ella de Rose-Marie Krawell.

Estaba claro que el círculo se iba estrechando en torno a él. De haber estado solo, habría notado cierta inquietud, pero allí, en compañía de esa a quien llamaba ya mentalmente «la pequeña Dorrit», casi le daban ganas de reírse. Así que Rose-Marie Krawell, quince años después, seguía siendo dueña de la casa de la calle de Docteur-Kurzenne, que habían ido a ver «Calavera» y Martine Hayward, y era también la dueña de ese piso de Auteuil adonde lo había llevado «Calavera», y además esta había llevado una contabilidad en el despacho de Guy Vincent... Al final estaba convencido de que toda esa gente tejía una tela de araña en la que tenían la esperanza de atraparlo. Pero ¿con qué finalidad? ¿Y desde cuándo le iban siguiendo la pista?

–Parece preocupado.

No exactamente preocupado. Pero le había entrado el vértigo al ver aparecer de pronto, como en la pantalla de un aparato de radiografía, los vínculos que unían entre sí a esas personas. En quince años, esos vínculos se habían ramificado y formaban con unos recién llegados una red muy tupida a la que él también pertenecía, sin saberlo, como en los tiempos de su infancia.

–No hay ninguna razón para que estemos preocupados ni usted ni yo.

Ella sonrió y bebió un sorbo de zumo de naranja.

–Por cierto, ¿no habrá en la lista un tal Michel de Gama? Gama, con la partícula «de».

Ella volvió a abrir el cuaderno y a leer la primera página. Al cabo de un buen rato, dijo:

–Con partícula, no.

Y deletreó el nombre: Michel Degamat.

Entendió por qué, en el café de Saint-Lazare, el supuesto de Gama había tenido aquella reacción violenta cuando él, Bosmans, había aludido a Vasco de Gama. Michel Degamat, ese era el nombre que figuraba seguramente en una ficha antropométrica, con una foto de frente y otra de perfil y, en la parte de abajo, la fecha en que se las habían hecho en la prefectura de policía. Su primera impresión era

quizá la acertada: ese Michel Degamat había conocido a Guy Vincent durante una estancia en la cárcel en tiempos de la casa de la calle de Docteur-Kurzenne. Si no, ¿dónde iba a haberlo conocido? Recordaba una conversación telefónica que había sorprendido una mañana, al pasar por delante del dormitorio que ocupaba Rose-Marie Krawell, y en particular esta frase: «Guy acaba de salir de la cárcel», una frase que seguía oyendo pasados quince años, dicha con la voz grave y algo ronca de Rose-Marie Krawell. Los adultos deberían hablar siempre en voz baja, pues no hay que fiarse de los niños.

–Voy a hacerle una última pregunta –le dijo, sonriendo–. ¿No habrá visto por aquí a otro amigo del señor Heriford, un tal Guy Vincent?

–¿Guy Vincent?

Había pronunciado el nombre en voz baja, y ese nombre, que venía de tiempos tan remotos, le hizo una impresión muy rara.

–Un hombre muy alto, muy elegante, con el pelo castaño claro, o quizá gris.

Ella volvió a fruncir el entrecejo, igual que una colegiala a quien le acaban de hacer una pregunta de improviso y está buscado la mejor respuesta.

–¿Un hombre alto que parecía americano?

–Sí.

–El señor Heriford me dijo que vivía en América. Vino una vez... Le trajo un regalo al niño.

Eso de los regalos era una costumbre de Guy Vincent, de los tiempos de la calle de Docteur-Kurzenne. Se acordaba de la brújula de metal plateado en cuya tapa Guy Vincent había mandado grabar su nombre: Jean Bosmans. La había tenido años, y se la robaron en uno de los internados que recorrió en la adolescencia. Nunca había podido resignarse a esa pérdida. Una brújula. A lo mejor Guy Vincent había pensado que lo ayudaría a guiarse en la vida.

Ella había cerrado el cuaderno, y renunció a hacerle más preguntas, igual que había renunciado a explicarle por qué se las hacía. Se habría visto en la obligación de hablarle de su infancia y de las personas extrañas con las que se había codeado por entonces. Alguien había escrito: «Somos de nuestra infancia igual que somos de un país», pero además había que precisar de qué infancia y de qué país. Eso a él le habría resultado difícil. Y la verdad es que no tenía ni valor ni ganas para ello esa tarde.

Ella había mirado el reloj de pulsera.

–Va a ser la hora en que tengo que ir a buscar al niño.

–Puedo acompañarla parte del camino...

Iban ambos por la calle en que se había cruzado, la otra tarde, con el doctor Rouveix. Hacía el mismo tiempo primaveral que aquel día. Bastaba con caminar con ella al sol y respirar el aire liviano para que

las personas cuyos nombres le había citado ella perdieran por completo la realidad. Incluso aunque hubiesen existido más o menos en un pasado remoto, ya no aparecía rastro alguno de ellos en la luz del presente. Y sus nombres no le recordaban ya rostro alguno a nadie.

Ella llevaba el cuaderno en la mano.

–Lamento haberle hecho todas esas preguntas.

–Qué va..., ha sido un alivio poder aclarar todas esas cosas con usted.

Abrió el cuaderno y arrancó la primera hoja.

–Tenga... se me había olvidado darle la lista de nombres.

Dobló la hoja en cuatro y se la alargó.

–A lo mejor otros nombres que lea ahí nos permiten ver las cosas más claras aún. Ya me lo dirá la próxima vez.Se le cogió del brazo, como si quisiera guiarlo.

Habían llegado a la Porte d'Auteuil, y lo llevó hacia una calle que no conocía, aunque hubiera recorrido a menudo el barrio. Iban andando por la acera de la izquierda, donde se intuía, detrás de los edificios, una gran extensión verde, que debía de ser un parque o el arranque del bosque de Boulogne. O sencillamente una pradera. Si no hubiera habido unos cuantos coches aparcados delante de esos edificios, Bosmans podría haber creído que, al final de la calle, iban a encontrarse en pleno campo.

Ella se paró delante de una verja con una placa de cobre donde ponía: COLEGIO SAINT-FRANÇOIS, JARDÍN DE INFANCIA. Miró el reloj de pulsera.

–Vale más que nos separemos. ¿Cuándo va a volver?

–Mañana, si quiere. Otra vez a la misma hora.

Ella le sonrió. Desde detrás de la verja, le hizo una seña con la mano. Le entró la tentación de esperarlos allí, en la acera. Le habría gustado mucho conocer a ese niño.

Iba por la calle, en dirección contraria, y era tan tranquila y tan campestre que le parecía que caminaba lejos de París. Era la hora azul, como habría dicho Guy Vincent.

En la agenda de tapas de cuero verde, esa agenda cuyo año no podía saberse, la mayoría de las hojas estaban en blanco. Guy Vincent había apuntado citas de la vida cotidiana. Miércoles 5 de enero: peluquero. 18 de febrero: Eliott Forrest, Hotel Lancaster. Jueves 15 de marzo: taller Banville. Miércoles 14 de mayo: sastre. Austen, calle de le Colisée. 18 de septiembre: 9:45 h, Gaëlle, estación de Austerlitz. 19 de octubre: 11 h, Jean Terrail, calle Chardon-Lagache, 33... Pero, al llegar a la página del 20 de octubre, le dio un brinco el corazón. Ponía: Jean Bosmans, calle de DocteurKurzenne, 38. Brújula.

Era seguramente el día en que Guy Vincent le había llevado la brújula en cuya tapa había mandado grabar su nombre. Recordó que aquello ocurrió en la época del comienzo de curso. Ya no iba al colegio Jeanne-d'Arc, sino algo más allá, a la escuela municipal del pueblo. Llevaba la brújula en uno de los bolsillos de la bata, pero evitaba enseñársela a sus compañeros.

Lo sorprendió ver su nombre en esa agenda, entre las páginas en blanco, y sobre todo quince años después. Hubiérase dicho que, cruzando por todos esos años, le llegaba por fin un destello de luz, el de una estrella muerta.

A partir de esa fecha del 20 de octubre, todas las páginas estaban en blanco hasta final de año. Le habría gustado tener entre las manos la agenda del año siguiente. Pero seguramente no había habido agenda ese año. La frase que había oído detrás de la puerta del dormitorio, y que había dicho por teléfono con su voz grave Rose-Marie Krawell, «Guy acaba de salir de la cárcel», era de mucho después de que le hubiera dado la brújula.

Era una tarde de verano. Se acordaba de la mancha de sol en la puerta del dormitorio y de la mosca que cruzaba por ella despacio, de la que no podía apartar la vista. No se atrevía ya a moverse. Un día de calor y de vacaciones. Julio o agosto, seguramente. Un verano que, con la distancia, se había vuelto intemporal. ¿Valía la pena intentar dar con el mes exacto o el año? Ahí estaba él, clavado delante de la mancha de sol y de la puerta.

A finales de la década de los noventa, Bosmans había recibido la siguiente carta:

> Querido señor:
>
> Soy un lector de sus libros y me he fijado en que, en ellos, en varias ocasiones, alude a un tal Guy Vincent, a quien llama a veces Roger Vincent. Me parece que se trata del mismo hombre.
>
> Supongo que existen varios Guy (o Roger) Vincent en Francia, pero, por lo que escribe usted de su personaje, estoy convencido de que ese Guy Vincent (o Roger) es efectivamente el que yo conocí hace mucho. Por eso me permito escribirle.
>
> Conocí a Guy Vincent en el liceo Pasteur de Neuilly. Los dos teníamos dieciséis años y estábamos en quinto de bachillerato. Era un chico muy simpático, un poco temerario, un «cabeza loca» como suele decirse, pero siempre dispuesto a hacerles un favor a los demás o a apoyarlos cuando tenían problemas. Se fue del liceo a mitad de curso para matricularse en un centro privado, al que iba yo a buscarlo de vez en cuando. Me llevaba al cine Balzac a ver las películas americanas, y a varios cafés de los Campos Elíseos y de Montparnasse de los que era ya cliente habitual a los diecisiete años. Una vez lo acompañé a su casa, un piso por la zona de la plaza de Pereire, donde vivía con su madre. Me había dicho que esta era de origen americano. Guy pertenecía al equipo de esquí júnior (?) o universitario (?) y me había mandado una foto suya, durante una competición, que adjunto a esta carta.
>
> Y luego vino la guerra y nos perdimos de vista. Me crucé con él por casualidad poco después de la Liberación. Me explicó que trabajaba en la embajada americana. Se había casado y volvimos a vernos varias veces, con su mujer, Gaëlle. Vivían en un palacete pequeño, por el bulevar de Berthier. Guy me había explicado que lo había requisado para él la embajada americana. Luego pensé que se había ido de Francia, porque en su casa no cogían el teléfono. Y en la embajada americana, donde intenté localizarlo, no lo conocían. No volví a tener noticias suyas, ni de mujer.
>
> Salvo unos diez años después, por un magistrado amigo mío que había estado en nuestra clase en el liceo Pasteur. Me dijo que Guy había tenido en varias ocasiones problemas con la justicia, sobre todo por haberse visto implicado en una importante estafa «con los cheques postales», de la que no entendí nada cuando ese amigo quiso explicarme los detalles. Y, por lo demás, Guy tampoco habría entendido nada, por lo que lo conozco. Por eso creo en su inocencia.
>
> No sé si vive aún. Ni él ni yo somos ya muy jóvenes, como puede suponer. A lo mejor se ha puesto en contacto con usted tras la publicación de sus libros. En cualquier caso, puedo dar fe de que era lo que se llama un buen chico.

Con la carta, firmada N. F., venía una foto de un muchacho muy joven con atuendo de esquí. Al dorso de la foto, ponía, en tinta negra: Megève, febrero de 1940. Campeonato universitario de esquí. Descenso de Rochebrune. 2.º Vincent, detrás de Rigaud y Dalmas de

Polignac *ex aequo*.

Una noche, Camille le hizo preguntas insidiosas. Había dejado el trabajo en Saint-Lazare, e incluso su domicilio. Ahora vivía en una habitación en el 63 del muelle de La Tournelle, una casa baja, antigua, que era un hotel del que parecía ser la única clienta. Su ventana daba al Sena. Por fin había encontrado un trabajo de contable en un taller grande de la calle de Les Fossés-Saint-Bernard.

No había dado más motivo concreto para esa repentina retirada a la orilla izquierda del Sena que el de querer «cambiar de aires». Cuando le había preguntado con tono irónico si no sería para «cortar amarras» con Michel de Gama y el Hotel Chatham, se había contentado con afirmar con la cabeza sin el menor comentario.

Esa noche, en el diminuto restaurante vietnamita de la calle de Les Grands-Degrés, cerca del muelle, la conversación se orientó hacia un terreno en el que notó que debía hacer gala de cierta prudencia.

Acababa de sentarse a la mesa y ella le dijo de forma bastante brusca:

–Hay una cosa que me gustaría saber: ¿por qué robaste la agenda y la foto del Guy Vincent ese?

Se dio cuenta en el acto de que esa pregunta ella llevaba mucho tiempo queriendo hacérsela y por fin se había decidido. Hasta ahora había creído que le daba completamente igual.

–He empezado una novela y necesito objetos concretos que me ayuden a escribir. A partir de esa foto y de esa agenda puedo poner a trabajar la imaginación.

Había intentado ser lo más serio y lo más convincente posible.

–Pero ¿por qué el Guy Vincent ese?

Insistía de una forma que le pareció sospechosa. A partir de ahora tenía que medir sus palaras.

–Con la agenda y la foto se me facilitan las cosas para componer un personaje de novela. Le podría haber tocado a otro. A Michel de Gama, por ejemplo. O a ti.

–¿En serio?

Lo miraba con unos ojos muy raros. No parecía convencida. Él comprendió que estaba deseando hacer otra pregunta, una pregunta que podía ponerlo en un aprieto.

–He hojeado la agenda del Guy Vincent ese. ¿Por qué en una de las páginas pone tu nombre?

–Sí, es curioso... Pero Bosmans es un apellido muy corriente en Bélgica y en el norte de Francia.

Parecía desconcertada. Él había hecho ese comentario en tono sosegado. Añadió:

–Y además esa agenda es de hace unos veinte años... Por entonces yo debía de gastar pañales todavía...

Ella sonrió levemente.

–Sí, pero es el mismo nombre de pila.

–Todo el mundo se llama Jean.

Reinó entre ambos un prolongado silencio, y le habría parecido más agobiante si no hubiera estado encendida la radio encima de la barra, como de costumbre.

–Y lo que resulta aún más curioso son las señas que ha escrito, las señas de la casa que fuimos a ver el otro día con Martine Hayward.

–¿Ah, sí? ¿Estás segura?

Lo había hecho lo mejor que había podido para poner cara de sorpresa, pero ya estaba cansado de ese juego.

–Estoy segura.

Volvía a mirarlo con unos ojos muy raros.

–A lo mejor él también fue a esa casa.

Pero le pareció que había hablado de más.

–A lo mejor.

Ella se encogió de hombros. Y la conversación volvió a tomar unos derroteros normales. Le habló de su trabajo de contabilidad en el taller de la calle de Les Fossés-de-Saint-Bernard y le contó cuánto se alegraba de vivir ahora en este barrio.

Otra noche iban andando por los muelles de La Tournelle y de Montebello. Una noche de primavera. Y él le comentó que, la verdad, se notaba mejor la dulzura de esa estación paseando por esos muelles y las callecitas colindantes que por Saint-Lazare y Pigalle.

Ella le preguntó un tanto repentinamente:

–¿Eres feliz, Jean?

–Sí.

Lo había dicho sin gran entusiasmo.

En ese momento le entraron ganas de contestar sinceramente a las preguntas que ella le había hecho en el restaurante vietnamita. Sí, ese Jean Bosmans cuyo nombre figuraba en la agenda de Guy Vincent era él. Y por entonces vivía en la casa que fuisteis a ver tú y Martine Hayward, en el 38 de la calle de Docteur-Kurzenne

Desconfiaba de Camille aunque esta no tuviera malas intenciones contra él. Ocultaba algunas cosas, pero eso le confería un particular encanto. Uno de sus libros de cabecera, junto con las *Memorias* del cardenal de Retz y unas cuantas obras más, era un tratado de ética, *El arte de callar*. Llevaba desde la infancia intentando practicar ese arte, arte muy difícil, el que más admiraba y que podía aplicarse a todos los ámbitos, incluso al de la literatura. ¿Acaso no le había enseñado su profesor que la prosa y la poesía no están hechas sin más de palabras, sino sobre todo de silencios?

Desde su primer encuentro, había notado en Camille una gran aptitud para el silencio. La gente, por lo general, dice muchas cosas de más. Se había dado cuenta enseguida de que ella callaba siempre acerca de su pasado, las personas con las que se relacionaba, a qué dedicaba el tiempo y quizá también sus actividades de contable. No le guardaba rencor por ello. A la gente se la quiere tal y como es. E incluso sin fiarse del todo de ella. Había sin embargo un detalle que lo preocupaba: el rato en que se había quedado con Camille, en el Hotel Chatham, en el despacho de Guy Vincent. Había pensado en las figuras de cera de tamaño natural que se exponen en el museo Grévin: él, sentado detrás del escritorio en que estaba colocada, en un marco de cuero, una foto de Guy Vincent; y uno de los cajones del escritorio donde aparecían la agenda y el papel de cartas con el nombre de este. En el museo Grévin esa escena se habría llamado: «Un visitante en el despacho de Guy Vincent». Y se preguntaba si no eran Michel de Gama y Camille quienes habían preparado ese escenario, la víspera de su visita, con accesorios antiguos y sabedores de que había conocido a

Guy Vincent, tiempo atrás, en su infancia. Y, por lo demás, su nombre, Jean Bosmans, con las señas de la casa, calle de Docteur-Kurzenne, aparecía en una de las páginas de la agenda, y ellos lo sabían. Pero todas esas precauciones para reproducir en su honor el «despacho de Guy Vincent», ¿con qué propósito se habían tomado? Algo debería saber Camille.

Esa noche de primavera, después de haber ido siguiendo los muelles, se habían metido por la calle de Saint-Julien-le-Pauvre. Y decidió hacerle la pregunta, sin mayores esperanzas de que le diera una respuesta.

–Rara, ¿no?, esa visita al antiguo despacho de Guy Vincent.

Ella lo llevaba cogido del brazo y notó que se le crispaba la mano.

–Daba la impresión de estar en el museo Grévin.

Tenía la esperanza de que con esa reflexión se relajase y se animase quizá a hacerle alguna confidencia. Pero qué va, nada. Seguía muda.

Habían llegado a la altura del jardín y de la iglesia griega. Alzó la cabeza hacia él.

–Jean..., tienes que ser prudente. Hay personas que quieren hacerte daño.

Lo había dicho muy deprisa, y no con la voz morosa y plácida que solía ser la suya. Él no se lo esperaba.

–¿Y quiénes son esas personas? ¿Michel Degamat a lo mejor? Degamat, sin partícula.

Dijo esa frase mirándola a los ojos, pero ella volvía a guardar silencio. Dieron media vuelta, en dirección a los muelles. Según andaban, ella le apretaba el brazo más fuerte. Estaba visto que practicaba el arte de callar casi tan bien como él. Pero eso no les impedía entenderse con medias palabras.

«Calavera», o más bien Camille, porque acababa por cansarse de escribir «Calavera», salió de París por unos días. Le dijo que su jefe la mandaba a Burdeos a revisar las cuentas de otro de sus talleres. De entrada no se preguntó si mentía para justificar su ausencia. Fue al día siguiente, cuando ya se había ido, cuando se hizo unas cuantas preguntas.

A eso de las doce de la mañana, llamaron a la puerta de la habitación del muelle de La Tournelle y, cuando abrió, se quedó extrañado al verse ante Martine Hayward.

–Hola, Jean.

Nunca lo había llamado por el nombre y, desde que Camille vivía en esa habitación, nunca la había visto con ella en ese barrio.

La hizo pasar y ella se sentó al filo de la cama, como si esa habitación le resultase familiar.

–Discúlpeme por presentarme de improviso, pero tengo que pedirle un favor.

Sonreía con expresión de apuro.

–Sé que Camille está fuera, si no le habría pedido el favor a ella.

Seguía de pie, frente a ella, extrañado al verla sentada en esa cama, en esa habitación. De repente le daba la impresión de que vivía allí y él estaba de visita.

–Me mudo a la casa que fuimos a ver hace quince días. ¿Se acuerda, Jean? Y figúrese que he perdido el carnet de conducir junto con otros papeles.

Hubiérase dicho que recitaba un texto que acababa de aprenderse y titubeaba al decirlo.

–Todavía tengo que volver a buscar unas cuantas cosas al hotel de mi marido, por la zona de Chevreuse, por el que pasamos la última vez. Y dejarlas en mi nueva casa. ¿Podría llevarme en coche?

No sabía qué contestarle. Su insistencia en llamarlo Jean le resultaba sospechosa.

–Tengo el coche abajo. Lo he traído desde Auteuil hasta aquí sin carnet, con miedo a un control.

–¿Auteuil?

–Pues claro, Jean. Durante la mudanza he pasado la noche en el piso de Auteuil.

Estaba visto que siempre se acababa volviendo a los mismos sitios. Tuvo un recuerdo para Kim y las tardes soleadas. Y, puesto que Martine Hayward estaba sentada allí, en la cama, le entraba la

tentación de preguntarle cómo transcurrían las noches en el piso de Auteuil.

–Dese cuenta, Jean..., para ir sin carnet hay un trayecto largo hasta el valle de Chevreuse. Sería más prudente que condujera usted. Sé que soy una tonta, pero siempre les he tenido miedo a los controles de la policía.

El mismo trayecto en el mismo coche. Pero no tenía la misma disposición de ánimo que la última vez, y notaba cierta aprensión ante la perspectiva de volver a estar pronto en la casa de la calle de Docteur-Kurzenne. Recordaba el rato que había pasado con Camille en el «despacho de Guy Vincent», sentado como un hombre de cera del museo Grévin. Y ahora era Martine Hayward quien se lo llevaba a los lugares del pasado, Martine Hayward, de quien desconfiaba mucho más que de Camille, y cuyas segundas intenciones le sería mucho más difícil aún adivinar.

En esta ocasión habían salido de París por la Porte de Châtillon. Sabía bien el itinerario, pero llevaba mucho sin conducir. Se preguntó si llevaba el carnet en la cartera y prefirió no comprobarlo. De todas formas, lo amparaba una especie de inmunidad, igual que en los sueños, en los que siempre se tiene, si las cosas se ponen feas, la posibilidad de despertarse.

Estaban entrando en el valle de Chevreuse. Lo notó en el frescor del aire y en la luz suave, verde y oro que se cuela por el follaje de los árboles. Sí, era quizá la sensación de regresar, tras quince años, al pasado.

–¿Va mucho a ese piso de Auteuil?

Bajo la influencia apaciguadora del valle de Chevreuse, por el que le daba la impresión de deslizarse no ya en un coche sino más bien, bajando por una ensoñación, en una canoa, no desconfiaba ya en realidad de Martine Hayward.

–Le hago un poco de secretaria y de colaboradora a René-Marco, ¿sabe?... El piso en que vive es bastante grande... es un punto de encuentro... algo así como un club donde la gente se reúne a última hora del día, e incluso por las noches.

–¿Una casa de citas?

–Sí, vamos a llamarlo una casa de citas.

Se había encogido de hombros, y él comprendió que no quería decir más. Pero tras un buen rato de silencio, añadió:

–René-Marco es un amigo de mi marido. Tiene un niño, pero su mujer lo dejó hace años. ¿Cómo decirle? Es una persona inestable y que vive de apaños. Un poco como mi marido...

Lo dejó sorprendido que le hiciera una confidencia así. Y ella dijo, como si quisiera hacerle olvidar esas últimas palaras:

–Hay algo curioso, fíjese... La dueña de la casa que he alquilado es la misma que la del piso de Auteuil.

Se había vuelto hacia él y le sonreía. Quizá esperaba una reacción por su parte.

–Por lo demás, resulta bastante lógico, ya que es la madrina de René-Marco.

–¿La conoce?

Le había hecho la pregunta con tono indiferente.

–La verdad es que no. He debido de verla una vez en casa de René-Marco. Una tal Rose-Marie Krawell.

No apartaba los ojos de él, sin que pudiera saber muy bien si estaba espiando el efecto que le causaba ese nombre.

–René-Marco le ha pedido mucho dinero prestado. Y mi marido también. La trataron mucho cuando eran más jóvenes.

Parecía estar hablando consigo misma; ¿o intentaba que se sintiera en confianza y hablase él también?

–Ahora vive en la Cosa Azul.

–¿Y tiene sus señas?

–No. ¿Por qué?

Se arrepentía de haberle hecho esa pregunta. Pero es que no lo podía remediar.

–Porque es un nombre que me suena de algo.

Otra vez esa mirada clavada en él. A lo mejor estaba esperando que se expresase de forma más concreta. O lo miraba sin más sin ninguna intención. Ante la duda, decidió callarse durante el resto del trayecto.

Detuvo el coche delante mismo de las escaleras de la entrada de la hospedería Le-Moulin-de-VertCœur, y el edificio, desde tan cerca, le pareció aún más destartalado que la primera vez. La siguió por el pasillo de la entrada. Al final de este, la recepción. En la pared, las llaves de las habitaciones. Ella descolgó una al pasar y subieron por unas escaleras anchas cuya barandilla y cuyos peldaños eran de madera clara. Daba la sensación, al entrar en el hotel, de que todos los clientes habían salido huyendo en vísperas de una declaración de guerra o de una revolución.

En el primer piso, ella abrió la puerta de la habitación 16. El follaje de un árbol se metía por la ventana entornada. Los clientes no volverían, al hotel lo tenía cercado el bosque, cuya vegetación invadía poco a poco el restaurante, la recepción, las escaleras y las habitaciones. Un armario empotrado estaba abierto de par en par, con los estantes vacíos. En la esquina de la habitación, al lado de la ventana, un diván con una manta de piel. Un escritorio enfrente de la ventana, y, detrás del escritorio, un sillón encima del que había una maleta de cuero negro del mismo tamaño que la que Martine Hayward había ido a buscar la primera vez.

–Ya ve, no tengo mucho equipaje.

Se había sentado al filo del diván. Le hizo una seña para que acudiera a su lado.

–Es la última vez que estoy en esta habitación.

Se levantó una ráfaga de viento y una de las hojas de la ventana pegó contra la pared. Se había arrimado a él y le puso la cabeza en el hombro. Le cuchicheó al oído:

–Si supiera cuánta tristeza hay en mi vida...

Luego tiró de él sobre el diván, un diván ancho y bajo como los del piso de Auteuil.

A la entrada del pueblo, y tras dejar atrás el ayuntamiento y el paso a nivel, notó una leve aprensión. A lo mejor ella le había tendido una trampa y en la casa de la calle de Docteur-Kurzenne lo estaban esperando Michel de Gama y algunos comparsas que le habían preparado, como en el Hotel Chatham, otra escena digna del museo Grévin: «Regreso tras quince años a la casa de su infancia». Y al fin entendería qué quería de él esa gente.

Pero, al llegar al final del paseo en cuesta y detener el coche, tuvo la seguridad de que no corría riesgo alguno. La calle estaba desierta y silenciosa.

Se bajó del coche con ella y cogió la maleta de cuero negro del asiento de atrás. Cruzó detrás de ella el pequeño portal que daba a la calle, subió los tres peldaños y dejó la maleta en las escaleras de la entrada de la casa.

–La espero en el coche.

Al principio pareció sorprenderla que no quisiera entrar en la casa; luego, le sonrió.

Y, antes de que abriera la puerta, él dio media vuelta y se dirigió a la calle.

Y ahora el mismo itinerario para regresar a París. Les Metz, los hangares y la pista del aeródromo de Villacoublay, detrás de los que intuía la Cour Roland, el bosque de L'Homme Mort, luego las praderas de césped y el huerto de Le Montcel, el Val d'Enfer y el Bièvre, que corría con un susurro de cascada. Y, aún más allá, el valle de Chevreuse.

Ella miraba la carretera, de frente.

–Entiendo que no haya querido entrar en la casa. Le traía demasiados recuerdos.

Podrían haberlo sorprendido esas palabras, las primeras que ella pronunciaba desde que habían salido de la calle de Docteur-Kurzenne. Así que estaba al tanto de todo, y he aquí que le parecía completamente natural y que se lo esperaba, como en esos sueños en los que ya sabemos lo que la gente va a decirnos, puesto que todo vuelve a empezar y nos lo han dicho ya en otra vida.

–No hace falta que hable, Jean. Lo entiendo.

Sí, no hacía falta hablar. Habían llegado a Le Petit-Clamart, allí donde él había cogido un autobús para París tras haber andado kilómetros el día en que se había escapado del internado.

–Hace un rato, no quería apenarlo. Pero RoseMarie Krawell se murió el año pasado.

¿Apenarlo? En realidad no sentía pena, aunque tuviera recuerdos de esa mujer en la casa de la calle de Docteur-Kurzenne. Había albergado la esperanza de que Kim le diera sus señas en la Costa Azul, puesto que había enviado por correo con esas señas cartas de «René-Marco». Y a lo mejor sabía su número de teléfono. Había soñado incluso que la llamaba. Tenía una voz lejana, como las voces de la «red» en AUTEUIL 15.28, pero contestaba a la mayoría de sus preguntas. Silencios e interferencias de vez en cuando, y en todas las ocasiones creía que se había cortado la comunicación, y luego la voz de Rose-Marie Krawell era más clara, antes de volver a perderse. ¿Qué había sido de Guy Vincent? «Volvió a marcharse a América de forma definitiva, cariño.» Lo llamaba «cariño» o «hijito». Y le había dicho: «Y tú, hijito, ¿qué es de tu vida?». Y, en el preciso momento en que iba a contestarle, se había cortado la comunicación.

Caía la noche y habían llegado a la Porte de Châtillon. Le preguntó adónde debía llevarla.

–Al piso de Auteuil.

Suspiró. Esa perspectiva no parecía regocijarla. Había dicho «el piso

de Auteuil» como si dijera: «A la oficina».

–Pero la semana que viene me instalo definitivamente en la casa.

Se volvió hacia él y lo miró con ojos tristes.

–Supongo que no irás nunca a verme allí.

Era la primera vez que lo llamaba de tú. No contestó nada.

–Te avisaré si doy con algo que pueda interesarte en la casa.

Siguió sin contestar nada. Esa frase que ella había dicho con un tono de naturalidad, el tono de la conversación normal, le causó una repentina inquietud.

La acompañó hasta la puerta del edificio, pero ella lo cogió del brazo.

–¿No quieres andar un poco?

Fueron calle arriba, como había hecho él la otra tarde, cuando se había cruzado con el doctor Rouveix.

–Camille me ha dicho que fuisteis una tarde al Hotel Chatham, al despacho de Guy Vincent.

Había dicho «el despacho de Guy Vincent» con tono irónico y soltado una breve carcajada.

–Nunca hubo un despacho de Guy Vincent, ¿sabes?

Calló. Parecía preocupada. Él pensó que andaba buscando las palabras y que iba a darle una mala noticia: «No quería apenarte, pero Guy Vincent se ha muerto». Y es cierto que le habría dado pena. Se habría roto un último lazo y un periodo de su pasado se habría hundido definitivamente mientras él se quedaba solo y huérfano en la playa. Pero ¿huérfano de qué? No habría podido contestar de manera concreta a esa pregunta.

–Guy Vincent desapareció hace mucho... Se volvió a América... Debe de vivir allí con otro nombre.

Sintió la tentación de darle las gracias por una noticia tan buena. Y, por lo demás, ella confirmaba lo que siempre había creído.

Iban siguiendo ahora la calle en sentido contrario, como esas personas que ya no quieren separarse y se acompañan por turnos a sus casas. Y es el cuento de nunca acabar.

–Por lo visto, presenciaste algo, hace quince años, en esa casa de la calle de Docteur-Kurzenne.

Se había parado y lo miraba a los ojos.

–Esos imbéciles..., me refiero a Michel de Gama, a René-Marco, e incluso a mi marido, han intentado ponerse en contacto contigo.

Volvía a cogerlo del brazo, y se lo apretaba más fuerte. Dijo, bajando la voz:

–Nos han pedido a Camille y a mí que hagamos de intermediarias...

Él no lo entendía aún muy bien, pero tenía realmente la esperanza de que ella aclarase las cosas.

–Esos tres imbéciles conocieron a Guy Vincent cuando eran muy jóvenes, en el penal de Poitiers.

Titubeaba antes de proseguir, como si la avergonzase darle esos detalles. Le habría gustado tranquilizarla. Con él, Bosmans, no había

que andarse con escrúpulos.

–Cuando salieron de la cárcel, Guy Vincent los ayudó. Mi marido y de Gama le hicieron más o menos de chóferes o de recaderos. Era alrededor de la época en que viviste en esa casa. Quieren preguntarte si presenciaste algo que ocurrió en esa casa.

Sí, sí, lo había entendido. La verdad es que ya no merecía la pena que ella aclarase las cosas. Habían llegado al edificio.

–Pretenden sencillamente hacerte unas preguntas. Son unos ingenuos y unos imbéciles. Creen que vas a indicarles dónde está la isla del tesoro.

Le había arrimado la cara.

–Espero que no te hagan daño. Pero en cualquier caso sé prudente.

Le rozó la mejilla con los labios y le pasó con suavidad una mano por la frente. Antes de que la puerta del edificio se cerrase, se despidió con una seña.

Se encaminó a la estación de metro de Porte d'Auteuil. Estaba esperando en el semáforo para cruzar el bulevar y se hallaba delante de la terraza acristalada del restaurante Murat. Eran las once de la noche y quedaban muy pocos clientes. En una mesa de la terraza, inmediatamente detrás de la cristalera, le llamaron la atención tres hombres. Reconoció en el acto a Michel de Gama y a René-Marco Heriford. Al tercero lo veía de perfil.

Entonces, en un ataque de vértigo, entró en el restaurante y se plantó delante de la mesa.

Michel de Gama tuvo un leve sobresalto, pero le sonrió:

–¿Qué lo trae por aquí?

Le indicó a los otros dos.

–Creo que conoce a René-Marco. Este es Philippe Hayward, el marido de Martine. Tiene gracia, precisamente estábamos hablando de usted. Les decía a mis amigos que no hay quien le eche la vista encima.

Lo miraban los tres en silencio.

–¿Ha dejado a Camille en el piso? –preguntó Michel de Gama con tono irónico–. Siéntese.

Pero él seguía de pie, ante su mesa. Ya no podía hacer ni un movimiento, igual que en los malos sueños. René-Marco y Philippe Hayward no le quitaban ojo.

–Siéntese. Hace mucho que tenemos que hacerle unas preguntas. Y espero que conteste. Es un muchacho que tiene seguramente mucha memoria y cuento con usted para que nos informe.

Michel de Gama lo había dicho en tono seco, como si le diera órdenes o lo amenazase. Y, de repente, notó que se le pasaba la parálisis y recobraba poco a poco la agilidad.

–Espere… ahora vuelvo…

Y, con paso suelto, se dirigió hacia la salida del restaurante. En el umbral, se volvió. Los otros tres lo miraban, abriendo mucho los ojos. Estuvo tentado de hacerles un corte de mangas.

Cuando estaba cruzando el bulevar, vio que Michel de Gama corría tras él. Se preguntó si iría armado. Él también echó a correr y se metió en la estación. Bajó las escaleras a toda prisa y tuvo la suerte de que llegase un metro enseguida.

De regreso en la habitación del muelle de La Tournelle, sintió alivio al encontrarse en la otra orilla del Sena. Se echó en la cama. ¿Qué podía estar haciendo ahora mismo Camille, en Burdeos o en otra parte? Pasaba un *bateau-mouche* y su haz de luz proyectaba reflejos en la pared, como un enrejado, reflejos que había visto deslizarse a menudo, en su infancia, por una pared semejante y al pasar el mismo *bateau-mouche*. Pero otro recuerdo de esa misma época iba saliendo a plena luz, como las extrañas flores que aparecen en la superficie de las aguas estancadas.

Volvía a oír a Martine Hayward decirle con su voz algo ronca: «Por lo visto, presenciaste algo, hace quince años». Era el último día en la casa de la calle de Docteur-Kurzenne. Desde una ventana del primer piso, que daba al patio pequeño, veía a dos hombres asomados al pozo, uno de los cuales llevaba una linterna. Otro había revisado los jardines escalonados y acababa de reunirse con ellos. Habían registrado todas las habitaciones de la casa, e incluso su cuarto de niño. En el coche negro que esperaba delante de la casa, un gendarme uniformado estaba al volante, pero los demás llevaban ropa de diario. Salvo ellos, ya no quedaba nadie en la casa: ni Rose-Marie Krawell, ni Guy Vincent, ni aquellos con cuyos nombres había vuelto a dar mucho más adelante y con los que se había cruzado con regularidad en aquella casa. Annie, Jeannette Coudreuse, Jean Sergent, Suzanne Bouquereau, Denise Bartholomeus, la señora Karvé, Eliott Forrest... Habían pasado los años y, cuando se acordaba de aquel día, se asombraba de que los policías no lo hubieran interrogado.

Estaba en el pasillo y sorprendió a uno de ellos que bajaba del segundo piso y que seguramente había registrado el cuarto del tragaluz, donde dormía a menudo Annie. El hombre le había dado unas palmaditas en el hombro diciéndole: «¿Qué haces aquí, hijo?». Luego había ido a reunirse con los demás. A él tampoco se le había ocurrido interrogarlo. De todas formas, no le habría contestado nada. Seguramente ese era el día desde el que Bosmans empezó a practicar, sin tener aún conciencia de ello, el arte de callar.

Habían hecho obras de albañilería, a finales de aquel invierno, en la pared de la derecha del cuarto del tragaluz. Una tarde, por la puerta entornada, los había visto abrir un agujero grande en la pared. Pero no se había atrevido a entrar. Desde su cuarto había estado varios días oyendo martillazos y ruido de cascotes al venirse abajo.

Una noche, cuando todos dormían, se había escurrido por el pasillo y había subido al segundo piso. El cuarto del tragaluz estaba cerrado con llave. Pocos días después, al acabar de comer, sin que nadie se fijase en él, entró en el cuarto. La pared estaba lisa y blanca, como siempre había estado. Ni rastro del gran agujero que habían abierto en la pared, tras la cual se imaginaba una habitación secreta.

Guy Vincent vivió en la casa toda esa temporada. Ocupaba el dormitorio grande de Rose-Marie Krawell, en el primer piso. Venía gente a verlo, que aparcaba el coche en la calle de Docteur-Kurzenne, pero se iba sin pasar la noche en la casa. Bosmans no recordaba ninguna de aquellas caras. Por lo demás, pasaba en el colegio la mayor parte del tiempo. Era Guy Vincent, aparentemente, quien dirigía las obras del cuarto del tragaluz. Había oído su voz en varias ocasiones cuando cruzaba el pasillo, pero nunca se había atrevido a subir, aunque supiera que Guy Vincent no lo iba a reñir.

Y luego, un sábado en que no tenía colegio, había visto, desde la ventana de su cuarto, detenerse delante de la casa una camioneta con lona. Se bajaron dos hombres y descargaron unos cajones y unos sacos grandes. Desde detrás de la puerta de su cuarto los oía subir despacio, con esos cajones y esos sacos, hasta el cuarto del tragaluz. Hicieron varios viajes de ida y vuelta. En los días posteriores no pararon las obras de albañilería.

Seguía echado en la cama y había apagado la lámpara de cabecera. A Camille se le había olvidado encima de la mesilla de noche la cajita rosa que abría de vez en cuando para coger una píldora que se tragaba echando bruscamente la cabeza hacia atrás. Tenía la esperanza de que en Burdeos o en otra parte no le entrase el síndrome de abstinencia. Y luego se repetía la frase de Martine Hayward: «Son unos ingenuos y unos imbéciles. Creen que vas a indicarles dónde está la isla del tesoro». Casi les tenía lástima. Otra vez resbalaban por la pared los reflejos con forma de enrejado. Volvía a ver otra pared, lisa y blanca, la del cuarto del tragaluz. «¿Qué haces aquí, hijo?», le había dicho el policía. Y él sabía el sitio exacto en que habían abierto el agujero grande y realizado las obras de albañilería, pero a nadie se le ocurría escuchar los testimonios de los niños por entonces.

Niza, un mes de diciembre. Pero tenía dudas sobre el año: ¿1980? ¿1981? Se acordaba de que llevaba unos diez días cayendo agua sin parar. Había cogido un taxi para que lo llevase al centro. A la altura de la glorieta de Alsace-Lorraine, el taxista, que había estado callado hasta entonces, dijo de pronto:

–Siempre me deprimo cuando paso por aquí.

Tenía la voz ronca y acento de París. Un hombre moreno que andaba por los cuarenta. A Bosmans lo había sorprendido esa confidencia. El hombre había parado el taxi al filo de la glorieta.

–¿Ve ese edificio de la izquierda?

Le indicaba un edificio del que una de las fachadas daba a la glorieta y la otra, al bulevar de Victor-Hugo.

–Fui durante dos años chófer de una señora. Se murió aquí, en un pisito de la tercera planta.

Bosmans no sabía qué contestarle. Por fin dijo:

–¿Una señora que llevaba mucho tiempo viviendo en Niza?

El taxi iba por el bulevar Victor-Hugo. El hombre conducía despacio.

–Ah, caballero... Es complicado. Vivía en París cuando era joven... Luego vino a la Costa Azul... Primero a Cannes, a una villa grande en La Californie... Luego vivió en un hotel... y luego en la glorieta de Alsace-Lorraine, en un pisito muy pequeño.

–¿Una francesa?

–Sí, francesa a más no poder, aunque tenía un apellido extranjero.

–¿Un apellido extranjero?

–Sí. Se llamaba Rose-Marie Krawell.

Bosmans pensó que unos diez años atrás lo habría sobresaltado ese nombre. Pero, después, los escasos momentos en que algunos detalles de sus vidas anteriores le volvían al recuerdo era como si ya no los viera sino a través de un cristal esmerilado.

–En los últimos tiempos me quedaba esperándola en el coche, delante del edificio. No quería ya salir de su piso.

–¿Por qué?

–Esa clase de mujeres guapas no soportan envejecer.

–¿Y cree usted que son solo las mujeres guapas las que no soportan envejecer?

Bosmans, según lo decía, se había esforzado en reírse, pero con risa nerviosa.

–Ya no quería ver a nadie. Si no hubiera sido por mí, se habría dejado morir de hambre.

–¿Y el señor Krawell?

El taxista se volvió hacia Bosmans. Seguramente lo sorprendía que se le hubiera quedado el apellido.

–Su marido llevaba mucho tiempo muerto. Había heredado de él una gran cantidad de dinero.

–¿Y sabe a qué se dedicaba ese señor Krawell?

–Un enorme comercio de pieles. O algo así. Pero eso fue hace mucho, caballero. Antes de la guerra y durante ella.

Bosmans nunca había oído hablar en la infancia de aquel hombre. Y, por lo demás, ¿cómo habría podido preguntarse a esa edad si existía un señor Krawell?

–Lo más triste es que al final de su vida andaba en malas compañías.

Esa expresión ya se la había oído a alguien.

–¿Malas compañías?

–Sí, caballero. Personas que andaban detrás de su dinero. Eso les ocurre con frecuencia aquí a las mujeres antiguamente guapas.

–¿Las mujeres antiguamente guapas?

–Sí, caballero.

Así que Rose-Marie Krawell había sido una mujer antiguamente guapa. Esa forma de calificarla no se le habría ocurrido a Bosmans en tiempos de la calle de Docteur-Kurzenne.

–Me ha dicho que iba al centro. ¿Lo dejo delante del Hotel des Postes, caballero? ¿Le va bien?

–Sí –contestó maquinalmente Bosmans.

El taxista se paró delante del Hotel des Postes y se volvió de nuevo hacia Bosmans.

–¿Puedo enseñarle una foto?

La sacó de una billetera y se la alargó a Bosmans.

–Es una foto de la señora Krawell cuando era muy joven, con su marido y un amigo, en Èze-sur-Mer. La señora Krawell me la había dado.

Estaban sentados los tres a una mesa de la terraza de un restaurante de playa. Bosmans no reconocía a Rose-Marie Krawell. Una mujer muy joven, efectivamente. Solo la mirada era la misma que la que se posaba en él en otra vida. Reconoció enseguida a Guy Vincent. El tercero, de más edad, de cara alargada y estrecha, con el pelo negro planchado hacia atrás y un bigote muy fino, debía de ser el señor Krawell. El taxista volvió a coger la foto, con delicadeza, entre el pulgar y el índice, y la metió otra vez cuidadosamente en la billetera.

–Disculpe si a lo mejor lo he importunado... Pero cada vez que paso por la glorieta de Alsace-Lorraine...

Al salir del taxi, Bosmans estaba tan turbado que no sabía hacia dónde encaminar sus pasos. Tras numerosos rodeos, se encontró, mucho más tarde, en la calle de Garibaldi, sin haberse dado cuenta de

todo el trecho que había recorrido. Había estado andando casi una hora bajo la lluvia.

Las palabras «Espere... ahora vuelvo», sin cumplir jamás la promesa, iba a decirlas a menudo andando el tiempo, y en todas las ocasiones iban a marcar un corte en su vida. Las noches que pasaba solo en el muelle de La Tournelle, la imagen de aquellos individuos sentados a una mesa detrás de la cristalera del restaurante y la de Michel de Gama persiguiéndolo mientras él se metía en la estación de metro, esas imágenes aparecieron dos o tres veces en sus sueños. Iba a haber huidas y rupturas semejantes en los siguientes años, y podían resumirse en dos frases que se repetía a sí mismo: «Ya ha durado bastante la broma», pero sobre todo: «Hay que cortar amarras». Y su vida, durante muchos años, iba a atenerse a ese ritmo entrecortado.

Camille no daba ya señales de vida. A Bosmans le parecía que había dejado tras de sí en la habitación un olor a éter, ese olor a un tiempo fresco y denso que le resultaba familiar desde la infancia. Había empezado el verano. El 1 de julio se levantó a eso de las siete de la mañana. Metió en una bolsa de viaje la poca ropa que tenía. Y desde el muelle de La Tournelle anduvo hasta la estación de Lyon en una de esas mañanas radiantes que nos hacen olvidarnos de todo.

En las taquillas de la estación sacó un billete de segunda para Saint-Raphaël. El tren salía a las nueve y cuarto. Era el primer día de las vacaciones y no quedaba ya ningún sitio libre en los compartimentos. Se quedó de pie en el pasillo y, cuando vio pasar, a sus pies, los edificios de la callecita de Coriolis, le dio la impresión de que dejaba allí algo de sí mismo y se iba de París para siempre.

En Saint-Raphaël, un autobús lo llevó, por la orilla del mar y, luego, por carreteras serpenteantes que le parecieron carreteras de montaña, a un pueblo del macizo de Les Maures. Había caído la noche y encontró una habitación de alquiler en la plaza, encima del café. No tardó en apagarse la luz del café y reinó el silencio. Nadie iría a buscarlo allí, ni Michel de Gama, ni René-Marco Heriford, ni Philippe Hayward, esos tres «imbéciles», como decía Martine Hayward, y de los que pensaba que podían ser peligrosos, como la mayoría de los imbéciles.

Antes de quedarse dormido, intentó recapitular las diversas peripecias de los últimos meses. El piso de Auteuil, el valle de Chevreuse y la calle de DocteurKurzenne le parecieron de repente regiones lejanas. Le dio un ataque de risa al pensar que esos tres «imbéciles» iban a ir, antes o después, a la casa que había alquilado Martine Hayward e intentarían descubrir el escondrijo donde Guy Vincent había enterrado su tesoro. Si la policía había fracasado quince años antes, a esos aficionados no les iba a ir mejor, a menos que tirasen con un martillo neumático todas las paredes de la casa... Debían de pensar que se estaban jugando allí la «última carta», pero en cuestión de «cartas» bastaba con verles la pinta para darse cuenta de que nunca en la vida les habían tocado las buenas.

Se despertó muy temprano esa mañana. Aún no estaba abierto el café en la placita desierta. Recorrió el pueblo dormido y pasó delante de la estafeta de correos. Le entraron ganas de enviar un telegrama a las señas del Hotel Chatham o del piso de Auteuil:

ÁNIMO. SOBRE TODO AVISADME
CUANDO LO ENCONTRÉIS.

Pero la estafeta no abría más que de tres a cinco de la tarde; y sabrían desde dónde se había enviado el telegrama. Irían a buscarlo allí y se lo llevarían a la fuerza a París.

Habían colocado unas cuantas mesas delante del café, y se sentó a una de ellas. Después de aquellos meses de incertidumbre, se dijo que iba a quedarse una temporada larga en ese pueblo y que cogería el autobús de vez en cuando para bañarse en las playas del golfo.

Se había llevado en la bolsa de viaje un bloc de papel de cartas. A primera hora de una tarde muy calurosa, estaba sentado a una mesa del café, en la placita, a la sombra, y escribió una primera frase que a lo mejor sería la de una novela. Luego redactó unas cuantas notas al azar. Le habría gustado dejar constancia de lo que había vivido esos últimos tiempos. Al cabo de quince años, te vuelven recuerdos de infancia, olvidados hasta ahora, y te conviertes en un amnésico que recupera en parte la memoria. Se lo debes a determinadas personas cuya existencia ignorabas y que te estaban buscando porque sabían que, quince años antes, habías presenciado algo. Quince años son ya mucho tiempo, y un plazo suficiente para que los demás testigos hayan desaparecido. Pero esas personas que necesitan tu testimonio no tienen los mismos motivos que tú para ir en busca del tiempo perdido. Existe entre esos «imbéciles» y tú cierto malentendido. Y es realmente imposible que llegues a entenderte con ellos y les hagas de guía, por más que todos os adentréis por las pistas del pasado.

Una mañana, muy temprano, cogió el primer autobús que bajaba hacia el golfo y que lo dejó en La Foux. Luego fue a pie por la carretera de las playas y no tardó en llegar a la de Pampelonne.

En aquel remoto principio de julio la playa estaba aún desierta a aquella hora. Se bañó y se tendió en la arena, cerca de una fila de cabañas de bambú y de unas cuantas mesas, cada una al resguardo de una sombrilla. De una cabaña mayor, que hacía las veces de bar, salió un hombre que se le acercó, un hombre de alrededor de cincuenta años que vestía una camisa hawaiana y un pantalón corto rojo.

Pasó delante de él, mirándolo, y Bosmans creyó que iba a seguir andando. Pero, tras unos pasos, dio media vuelta y regresó hacia él.

–¿Está buena?

–Muy buena.

–La hora ideal para bañarse.

Había fruncido el entrecejo.

–Pero si yo lo conozco... Nos vimos con Camille Lucas...

Y Bosmans lo reconoció también. Un hombre que Camille le había presentado con el título y el apellido de «doctor Robbes» y con el que habían comido dos o tres veces en el Wepler. Los había invitado a su casa, en una callecita que iba a dar al bosque de Boulogne. Bosmans titubeó un momento. Le habría gustado cortar por lo sano y decirle: «No, caballero, se confunde», pero le dio reparo mentirle. Ese hombre, las veces que se habían visto, le había parecido que ejercía una influencia beneficiosa sobre Camille. Un hombre muy educado, vestido con formalidad y con una cara tranquilizadora de notario o de farmacéutico de provincias, o incluso de profesor de universidad. No había entendido muy bien en qué circunstancias lo había conocido Camille, pero seguramente no había sido en el entorno de Michel de Gama, René-Marco Heriford o Philippe Hayward.

–¿Doctor Robbes?

–Exacto.

Por supuesto, con la camisa hawaiana y el pantalón corto rojo tenía un aspecto diferente de aquel otro, tan discreto, que tenía en París.

Bosmans se había puesto de pie y le había dado un apretón de manos.

–¿Y Camille?

–Está en París, pero no tardará en venir a reunirse conmigo.

¿Por qué había dicho eso?

–Me encantará verla. Venga a comer con nosotros cuando quiera. El

día que sea, alrededor de la una. Con Camille o solo. Allí, ¿ve?

Y le indicaba la hilera de cabañas de bambú y las mesas.

Le dio la mano y se alejó hacia las cabañas. Al cabo de unos metros, se volvió.

–Se está bien aquí, ¿no? ¿Conoce el verso de Rimbaud: «Ven, a las playas van los vinos»?...

Le hizo un amplio ademán con el brazo.

«Venga a comer con nosotros.» Bosmans se preguntó a qué se había referido con ese «nosotros». ¿Sus amigos? Y lamentó que Camille no estuviera en aquella playa, con la perspectiva para ambos de comer «el día que sea, alrededor de la una» en compañía del doctor Robbes. Y de hablarle de Rimbaud.

No sabía muy bien qué relaciones tenía exactamente Camille con el doctor Robbes. Ella le había confiado que el doctor Robbes «les hacía favores a muchas personas». Le hacía recetas para una medicina que debía enmendar los efectos nocivos de las píldoras que sacaba de sus cajitas color de rosa: al menos eso era lo que había entendido él. Y Camille llamaba a la mezcla de esa medicina y esas píldoras una «clara».

¿Y dónde había conocido al doctor Robbes? En el laboratorio farmacéutico que dirigía este, con ocasión de las tareas de contabilidad que había hecho allí, decía.

Se fue de la playa a primera hora de la tarde, la hora a la que llegaban cada vez más veraneantes. Hizo el mismo camino en sentido inverso hasta La Foux y esperó el autobús que debía llevarlo al pueblo.

No, no resultaba muy prudente bañarse en Pampelonne y volver a ver al doctor Robbes. Ni a Camille, por lo demás. No se fiaba lo suficiente de ella para decirle que viniera a reunirse con él. Existía el riesgo de que avisara a los otros. Pero había playas tranquilas y poco conocidas en el golfo, donde era posible, resguardado de todo, resbalar hasta el corazón del verano.

Por las mañanas, en el pueblo, seguía escribiendo su libro, en la habitación o al aire libre, en una de las mesas del café. El libro tenía un título provisional: *Lo negro del verano*. Había efectivamente un contraste entre la luz del sur y la de las calles de París por donde se movían los turbios personajes a los que había conocido. Página a página, los iba metiendo en un mundo paralelo donde ya no tenía nada que temer de ellos. No había sido sino un espectador nocturno que acababa por escribir todo cuanto había visto, adivinado o imaginado a su alrededor.

Se preguntaba si habría podido empezar su libro en París, en la habitación del muelle de La Tournelle. Le habría resultado difícil con la constante amenaza de esos tres «imbéciles», cuya última imagen lo perseguía: los tres reunidos detrás de la vidriera, de noche, y uno de ellos persiguiéndolo hasta la estación de metro.

Se habría quedado de buen grado en el sur hasta finales de verano, escribiendo en páginas blancas con su pluma de tinta azul. Ese sol y esa luz le permitían ver las cosas más claras y no perderse, como en París. Pero se le había acabado el dinero.

Sintió la tentación de volver a la playa de Pampelonne y encontrarse otra ver al doctor Robbes. Le explicaría la situación y a lo mejor ese hombre lo ayudaría a quedarse más tiempo en la zona. Renunció enseguida a esa perspectiva. Tenía que apañarse sin ayuda de nadie, y la soledad era la condición necesaria para acabar su libro. Temía que el doctor Robbes le hablase de Camille y le propusiera traerla, cosa que él quería evitar, pues notaba claramente que existía el riesgo de que la presencia de Camille lo devolviera a su vida anterior.

Cogió un tren para París pasado el 15 de agosto. El tren salía muy temprano y los compartimentos, al contrario que a la ida, iban medio vacíos. Por la tarde, en la estación de Lyon, en cuanto puso el pie en el andén, le dio la impresión de que llegaba por primera vez a una ciudad, por más que conociera la menor de sus calles. Casi había acabado su libro, y en ese libro se había quitado de encima todo el peso y la negrura de aquellos últimos años.

Le quedaban veinte céntimos, y no le bastaban para un billete de metro, pero eso era algo que contribuía a la sensación de ingravidez que sentía. Cruzó el Sena y, por la avenida de Italie, llegó a los barrios del sur. De vez en cuando se sentaba en un banco y miraba en torno, a los transeúntes, las fachadas de los edificios y los escasos coches que circulaban.

Anduvo hasta la calle de la Voie-Verte, pasado el parque Montsouris y la calle de la Tombe-Issoire, y allí entró en un hotelito donde ya había pasado temporadas. Volvió a encontrarse con el ascensor antiguo, y la habitación se parecía mucho a la que había tenido en el pueblo de Les Maures. Cuando abrió la ventana y los postigos verdes, la noche de verano era, debido al calor, la misma en París que allí.

Al día siguiente madrugó. La víspera, al colocar la ropa en el estrecho armario empotrado de la habitación, se había encontrado, en el fondo del bolsillo de un pantalón, un billete de cinco francos. Cogió el metro y se bajó en la estación de Franklin-Roosevelt.

Llevaba en la muñeca, desde el año anterior, un reloj de cierto valor que había encontrado en el cajón de la mesilla de noche de una habitación del Hotel Roma de la calle de Caulaincourt. Era el invierno en que había conocido a Camille Lucas, conocida por «Calavera». ¿Se hallaba bajo su influencia? El caso es que no había entregado el reloj en recepción y se había quedado con él.

Antes de entrar en el Monte de Piedad de la calle de Pierre-Charron, donde había acompañado a Camille en dos o tres ocasiones –ella llevaba joyas de familia y siempre la decepcionaba la cantidad que le entregaban a cambio–, se quitó el reloj de la muñeca. En la ventanilla, le dieron por él cuatrocientos francos. Un año después, cuando publicaron su libro, volvió a la calle de Pierre-Charron para recuperar el reloj y llevarlo al Hotel Roma, donde seguramente sabrían el nombre del cliente que lo había perdido, pero era demasiado tarde. Se le había pasado el plazo por pocas semanas. Cincuenta años después

aún tenía remordimientos, pues ese reloj robado y perdido le recordaba al peculiar joven que había sido.

Acababa su libro en la habitación del hotel de la calle de la Voie-Verte y no salía ya del barrio. Ese París vacío y soñoliento del mes de agosto armonizaba con su disposición de ánimo, igual que las playas escondidas que había descubierto en julio. Le habría gustado que el verano no acabase nunca; y él seguía escribiendo en el calor y la soledad.

¿Era realmente la soledad? Por la mañana muy temprano y a última hora del día andaba por una de estas zonas: La Tombe-Issoire, Montsouris, la calle de Gazan, la avenida de Reille, donde se notaba tan bien el verano en París que acababa uno por fundirse con él y se acababa la soledad. Bastaba, sencillamente, con ir flotando al azar de las calles.

Una noche en que iba bordeando el parque Montsouris, entró en una cabina telefónica y marcó el número del hotel del muelle de La Tournelle. Llamaba desde una isla perdida en lo hondo del verano.

–¿Podría hablar con la señorita Lucas?

–¿Con quién? Repítame el nombre, caballero.

Le extrañó que la voz de su interlocutor sonase tan clara viniendo de tan lejos. Repitió el nombre.

–No sabemos ya nada de ella. Desde hace un mes. Ni siquiera nos avisó de que se marchaba.

El hombre colgó. Bosmans ya se lo esperaba. Era lo lógico. Desde que había cogido el tren el 1 de julio, rumbo al sur, tenía la seguridad de que, después de aquel verano, ya nada volvería a ser para él como antes. Y esa certidumbre era aún mayor tras el regreso. El verano había borrado todos los meses anteriores, como una foto expuesta al sol que se va velando poco a poco. La ciudad que volvía a encontrar le daba una impresión, a la vez, de ausencia y de espera, o más bien de tiempo suspendido. Se había quitado de encima un peso que se creía condenado a llevar a cuestas toda la vida.

Había llamado por teléfono varias veces al piso de Auteuil, pero no le contestaba nadie. ¿Dónde estaban Kim y el niño? Y fue en esa misma cabina, en las lindes del parque Montsouris y bajo la sombra de los árboles, donde un día, a media tarde, marcó el número del Hotel Chatham.

–¿Puedo hablar con el señor Michel de Gama?

–¿Qué número de habitación, caballero?

La voz del hombre era amable, e incluso untuosa.

–No tiene número de habitación. Forma parte de la dirección.

–¿De la dirección? Pero, caballero, no lo entiendo a usted...

El tono era más seco.

–Quiero decir que es socio de la dirección de ese hotel junto con un tal señor Guy Vincent.

–¿Socio? Espere un momento, lo pongo con el director.

Esperó unos minutos durante los que le entraron ganas de colgar. Al entrar en la cabina telefónica había tenido el vago presentimiento de que iban a contestar así, y era para confirmarlo por lo que había marcado el número.

–¿Qué desea exactamente, caballero?

El hombre tenía una voz más grave que el anterior, con acento del sudoeste de Francia.

–Querría hablar con Michel de Gama, uno de los directores del hotel junto con el señor Guy Vincent.

–Está usted de broma, caballero. No conozco en absoluto a esos dos individuos. El único director del hotel soy yo.

–¿Está completamente seguro de que no conoce a Michel de Gama? Me extraña mucho. Me da la impresión de que me está ocultando algo.

–Desde luego que no, caballero. Adiós, caballero.

Y el hombre colgó.

Bosmans salió de la cabina telefónica y fue por el bulevar de Jourdan. Era efectivamente lo que había previsto y no pudo contener una carcajada, cosa que lo habría dejado muy asombrado pocos meses antes. Se acordó del café de Saint-Lazare donde Camille y él se encontraban con Michel de Gama. Y del «despacho de Guy Vincent», que estaba claro que no era sino un decorado de museo Grévin. Y de su apuro –o más bien de su miedo– la noche en que Michel de Gama lo había perseguido en la Porte d'Auteuil. Y ahora nadie conocía ya a ese hombre.

A media tarde de un día de agosto, más fresco que la víspera, y con

tan poca circulación que se oía el murmullo del follaje. Iba bordeando la Ciudad Universitaria. Los estudiantes sin duda se habían ido de vacaciones y los edificios y las praderas de césped debían de estar desiertos bajo el sol. Dio media vuelta y fue por la calle de Gazan.

Le Pavillon du Lac estaba abierto, y se sentó a una mesa, en la terraza. Era el único cliente. De un paseo del parque Montsouris, a sus pies, subían voces y gritos de niños. Las personas con las que se había cruzado durante el invierno y la primavera de ese año parecían ahora tan lejanas, unas sombras que se perdían en el horizonte... Salvo las dos tardes en que había llamado a la puerta del piso de Auteuil y Kim le había abierto, también las calles de París de aquellos meses se quedarían para él grises y negras, debido a su libro, en el que se había inspirado en esas personas. Les había robado las vidas, e incluso los nombres, y ya no volverían a existir más que entre las páginas de ese libro. En la realidad y en las aceras de París no existía ya posibilidad alguna de encontrárselas. Y además había llegado el verano, un verano como nunca había conocido otro antes, un verano de luz tan límpida y ardiente que esos fantasmas se habían evaporado del todo.

Llamó a información para saber el número de la casa de la calle de Docteur-Kurzenne. ¿El mismo número que en tiempos de Rose-Marie Krawell y de Guy Vincent? Soñó un momento con que uno de los dos iba a estar «al aparato», como se decía por entonces. Bien pensado, se podía soñar con una línea a la que el tiempo hubiera perdonado la vida y gracias a la cual fuera posible localizar a aquellos cuya pista se hubiese perdido.

El teléfono sonaba sin que lo cogiera nadie. ¿Seguía el aparato en el dormitorio grande del primer piso donde había oído a Marie-Rose Krawell decir: «Guy acaba de salir de la cárcel»? Cuando Guy Vincent ocupaba ese dormitorio, Bosmans se había fijado en que el teléfono sonaba a menudo y siempre que Guy Vincent lo cogía la conversación era breve. No necesitaba hablar mucho para hacerse entender. Un domingo por la tarde, cuando estaban los dos solos en la casa, Guy Vincent le había dicho: «Si suena el teléfono, lo coges y dices que estoy en París». Y había añadido, como si se arrepintiera de pronto de haberle hecho ese encargo: «No es del todo una mentira, ¿sabes?, es una broma que les gasto muchas veces a mis amigos...», pero, en definitiva, Guy Vincent no le había hecho decir una mentira, ya que el teléfono no había sonado ese día.

Volvió a marcar el número de la casa de la calle de Docteur-Kurzenne a media tarde:

–¿Diga?... ¿Quién es?

Esta vez lo habían cogido enseguida. Una voz masculina, grave. Bosmans se quedó cortado. No decía nada.

–¿Me oye?

Dijo entonces, con voz inexpresiva:

–Querría hablar con Martine Hayward.

Y solo con pronunciar ese nombre volvía a sumirse en la negrura y la incertidumbre de los meses anteriores.

–Se ha equivocado. Aquí no hay nadie que se llame así.

Esa respuesta fue un alivio.

–Creía que esa persona había alquilado la casa.

–No, no, caballero. Nunca ha estado alquilada. Lleva un año en venta.

–Y, sin embargo, yo acompañé a esa persona hace unos meses a ver la casa. Con una señora de una agencia inmobiliaria.

Había hablado con voz clara y firme. Hasta a él le extrañaba.

–¿Una agencia inmobiliaria? Pero ¿cuál, caballero? La nuestra no,

en cualquier caso. Este asunto lo llevo yo solo.

No sabía ya qué contestar. Le acudía una frase a la cabeza: «La mujer de la agencia inmobiliaria llevaba una blusa camisera negra», la única indicación que podía dar, el único detalle que se le iba a quedar hasta la consumación de los siglos. Pero no quería que su interlocutor creyera que se trataba de una broma y colgase en el acto.

–En el contrato de alquiler estaba el nombre de la dueña, Rose-Marie Krawell. Conocí hace mucho a la señora Krawell.

Hubo un silencio. Y luego:

–¿Conoció usted a la señora Krawell?

A su interlocutor le había cambiado el tono de voz. Expresaba asombro.

–Sí. E incluso viví en esa casa. Cuando la propia señora Krawell vivía allí. De eso hace quince años.

Otro silencio.

–Pero eso que me está usted diciendo es muy interesante, caballero... Mi agencia me ha puesto a cargo de esta casa... Y no resulta fácil...

Su interlocutor estaba a punto de hacerle confidencias. A lo mejor bastaba con unas cuantas palabras para animarlo a hablar.

–¿No resulta fácil? No me extraña... La señora Krawell era un personaje muy particular.

–No lo dudo. Dejó una herencia embrollada al morir.

–¿De veras?

–Llevamos meses intentando aclarar dudas. Pero esa persona andaba en muy malas compañías. Es un asunto que no hay por dónde cogerlo. Le confieso, caballero, que a veces pierdo los ánimos.

–¿Ha dicho «malas compañías»? Dígame nombres y a lo mejor eso me ayuda a darle algunas informaciones.

–¿Puedo hablarle en confianza?

Muy tremendo tenía que ser el asunto para que hiciera esa pregunta de forma tan espontánea, igual que esas personas que te piden ayuda sin conocerte.

–Un tal señor Heriford ha complicado las cosas... Él y dos de sus amigos.

–¿René-Marco Heriford?

–Exactamente, caballero. ¿Lo conoce?

–Un poco. Y creo adivinar cuáles son los otros dos: un tal de Gama y uno llamado Philippe Hayward.

En el momento de pronunciar sus nombres, a Bosmans le entró una duda acerca de su existencia real, debido a la novela que acababa de terminar y en la que esos tres individuos aparecían en segundo plano.

–Pues sí... eso mismo. Heriford, Hayward y de Gama. Veo que conoce el caso. ¿Cuál es su nombre, caballero?

Esa pregunta lo sorprendió y despertó su desconfianza. Así que existía el riesgo de que todo volviera a empezar como en los meses anteriores. Estaban volviendo a tenderle una trampa. Se imaginó a Michel de Gama con el oído pegado al auricular, y a los otros dos detrás del agente inmobiliario, que estaba sentado en uno de los sillones del dormitorio grande. Y de Gama le indicaba en voz baja a ese hombre lo que tenía que decir por teléfono para atraerlo a la casa.

–Me llamo Jean Bosmans.

Había pronunciado esa frase con tono desafiante. Sentía ganas de añadir: «Acláreles a esos tres que tiene al lado que no deben contar conmigo para que les enseñe el sitio donde Guy Vincent escondió su tesoro». Pero la frase le pareció tan pasada de moda, y tan lejano el pasado al que se refería, que se calló.

–Sí, caballero, como le estaba diciendo, una situación muy complicada... Heriford decía que era ahijado de la señora Krawell, y su único heredero. Al parecer desvió mucho dinero de su supuesta madrina e incluso falsificó muchos de sus papeles...

Hablaba cada vez más deprisa. Seguramente quería librarse de una vez por todas de ese «asunto que no había por dónde cogerlo».

–La casa está embargada y también un piso que tenía la señora Krawell en el barrio de Auteuil. Y estamos esperando el juicio. Heriford y sus dos amigos han desaparecido.

Bosmans ya lo suponía, pero no dejaba de ser curioso: desaparecidos en el preciso momento en que él acababa su libro. ¿Y Kim y el niño?

–La verdad es que andaba en muy malas compañías, esa señora Krawell. Y ya se hará cargo de que eso nos complica la tarea.

El hombre era cada vez más locuaz, como si llevase demasiado tiempo guardándose esas cosas, pero poco a poco la voz se le volvía inaudible. Bosmans colgó. De todo se cansa uno. Y esa mañana había escrito la palabra «Fin» en la página 203 de su libro. Salió del hotel y anduvo hacia el bulevar de Jourdan. A partir de ahora ya no era el mismo. Mientras redactaba su libro y se iban sucediendo las páginas, se iba derritiendo un periodo de su vida, o más bien esas páginas lo absorbían como papel secante.

Desaparecidos: esa era la palabra que había usado por teléfono su interlocutor. Sí, desaparecidos: «Heriford y sus dos amigos han desaparecido».

No podía por menos de repetir esa frase, y tenía ganas de reírse. Si se paraba a pensarlo, la mayoría de las personas a las que había conocido en esos quince últimos años habían desaparecido: Guy Vincent, RoseMarie Krawell, tantos años, y había bastado con un verano para que desapareciesen también, de forma repentina, Heriford, de Gama, Philippe y Martine Hayward, Camille Lucas, conocida por «Calavera»... En resumidas cuentas, todos los fantasmas

en que se había inspirado para escribir su libro.

Se trataba de encuentros fugaces y azarosos, así que no le había dado tiempo a saber mucho de esas personas y seguirían envueltas en cierto misterio, hasta tal punto que Bosmans acababa por preguntarse si no serían seres imaginarios.

Durante los años sucesivos, le habían dado detalles que ignoraba acerca de algunos personajes de sus novelas, a causa de sus nombres. Eso demostraba que entre la vida real y la ficción existían fronteras confusas. Por ejemplo, un inspector de la brigada antivicio, esa a la que llamaban «Brigada Mundana», le había escrito que era lector de sus libros y que había encontrado en archivos de la policía rastros, precisamente, de René-Marco Heriford y de sus dos amigos, Michel de Gama y Philippe Hayward. A decir verdad, muy poca cosa. A tres muchachos que frecuentaban, en la primavera y el verano de 1944, los cafés de las inmediaciones de la estación de Saint-Lazare los habían detenido por «diferentes tráficos». Unas cuantas líneas en el registro diario de la comisaría de Saint-Lazare mencionaban sus nombres. Y una ficha posterior, en este caso en la Dirección Central de Información, indicaba que en septiembre de 1944 se había detectado a «un tal capitán Heriford, cuya verdadera identidad no se conoce y que vestía de oficial americano pese a ser muy joven, y a sus amigos, Michel Degamat, conocido por “Renato Gama”, y Philippe Hayward, con uniforme de las F.F.I.2 Esos tres individuos habían tenido ya tratos con la policía. El supuesto Heriford se alojaba en el 18 de la calle de Saint-Simon (VII.º) en casa de una tal señora Cholet, su amante, que regentaba en esas señas un “comercio de antigüedades”». Sí, muy poca cosa. Y esos detalles, pese a su aparente precisión, ¿bastaban para demostrar que esos tres individuaos habían existido de verdad?

Desaparecidos. Y de ellos solo quedaban rastros medio borrados en su libro. Iba andando por el bulevar de Jourdan, aún más ingrávido que en su regreso a París diez días antes. Bordeaba el parque Montsouris, pasaba por delante de la estación de la línea de Sceaux, del café Babel luego, en el que notó más concurrencia que en días anteriores. Era seguramente la vuelta de vacaciones de los moradores de la Ciudad Universitaria. No recordaba haber respirado nunca tan hondo. Si echase a correr, seguramente seguiría respirando con regularidad durante cientos y cientos de metros, él que con tanta frecuencia se quedaba sin resuello en aquellos últimos años.

Delante del Grand Garage del parque Montsouris estaba aparcado un coche descapotable de marca inglesa. Le entraron ganas de subirse y arrancar sin llave de contacto, como le había enseñado a hacer un compañero cuando tenía diecisiete años.

En la Porte d’Orléans, se sentó en la terraza de un café. Había acabado su libro y tuvo por primera vez esa curiosa sensación de salir

de la cárcel después de años de encierro. Se imaginó a un hombre ante el que se abrían, una soleada mañana de agosto, las puertas de la cárcel de La Santé. Cruzaba la calle, entraba en el café de enfrente de la prisión, se sentaba a una mesa, y Bosmans volvía a oír la breve frase que lo había sorprendido en la infancia y que iba a perseguirlo toda la vida: «Guy acaba de salir de la cárcel».

Tras titubear unos segundos, y sin dejar de pensar en ese hombre, le dijo al camarero que se había acercado: «Dos cervezas. Y las dos sin espuma, por favor».

Treinta años después, una tarde de primavera, había ido a buscar a la tenencia de alcaldía de Boulogne-Billancourt su partida de nacimiento, que le hacía falta para renovar el pasaporte. Al salir de la tenencia de alcaldía, decidió ir andando hasta la Porte d'Auteuil.

Una vez allí, al cruzar el bulevar, vio ante sí la terraza acristalada del restaurante Murat. Y le volvió a la memoria aquella noche en que, en ese mismo sitio, detrás de la cristalera, estaban sentados a la misma mesa Michel de Gama, René-Marco Heriford y Philippe Hayward; luego, la imagen de Michel de Gama persiguiéndolo hasta la estación de metro. Llevaba años y años sin acordarse de ellos, ni de aquella temporada en que los había conocido, aquella temporada tan lejana que le parecía que era otro quien la había vivido.

De pronto se encontró en una calle a la que nunca había vuelto. Se detuvo delante del edificio en cuya puerta había dejado a Martine Hayward hacía treinta años. No había vuelto a saber nada de ella ni de los demás. Salvo de René-Marco Heriford, a quien había visto hacía quince años en el Wimpy de los Campos Elíseos. Se había sentado a su lado sin dirigirle la palabra. Y él se había fijado en el reloj que llevaba en la muñeca, el mismo «reloj del ejército americano» cuyos mecanismos le había revelado un desconocido en su infancia, un desconocido que era –ahora estaba seguro– el propio Heriford.

Entró en el edificio y golpeó el cristal de la portería. La puerta se entornó, dejando ver la cara de un hombre de unos treinta años.

–¿Desea usted, caballero?

–Era solo para una información: ¿el señor Heriford sigue viviendo en el tercero?

–El piso se alquila desde hace seis meses, caballero.

¿Y cómo iba a haber conocido ese hombre el nombre de Heriford? En aquella época no había nacido.

–¿Se alquila?

Lo había dicho con tanta vehemencia que el otro pareció sorprendido.

–¿Está interesado? ¿Le gustaría ver el piso?

–Desde luego.

El portero abrió una hoja de la puerta acristalada del ascensor para que pasara Bosmans y apretó el botón del tercero.

El ascensor subía tan despacio como hacía treinta años.

–Un ascensor a la antigua –dijo Bosmans.

–Sí. A la antigua –repitió el portero, sin parecer que entendiera lo

que quería decir esa expresión. Bosmans se preguntó qué podría haber sido, tras todos aquellos años, de Kim y del niño. Y notó tal sensación de vacío que creyó que el ascensor se había parado.

Pero cuando llegaron al rellano de la tercera planta y el portero se sacó la llave del bolsillo y la metió en la cerradura, Bosmans le puso la mano en el hombro.

–No... disculpe... No merece la pena...

Y, antes incluso de que el portero se volviera, bajó las escaleras corriendo.

La noche siguiente tuvo un sueño bastante largo. Volvía a bajar corriendo las escaleras del piso de Auteuil tras haber dejado al portero en el rellano, igual que había hecho la víspera. Luego se subía a un coche aparcado delante del edificio, el de Martine Hayward. La llave de contacto se había quedado en el salpicadero. Iba siguiendo el mismo itinerario que treinta años antes con Camille y Martine Hayward y, más adelante, solo con Martine Hayward.

No tardó en notar que había cruzado una frontera y había llegado al valle de Chevreuse. No era por el paisaje familiar y ese frescor del aire que se adueñaba de uno de repente. Pero entraba en una zona donde el tiempo estaba suspendido y, por lo demás, lo comprobó cuando se dio cuenta de que las agujas del reloj se habían parado.

Según avanzaba por la carretera, le daba la impresión de haber vuelto a las entrañas de aquellas tardes de verano interminables de la infancia en las que el tiempo no estaba parado, sino, sencillamente, inmóvil, y se pasaba uno horas mirando la hormiga que daba vueltas, a trompicones, por el brocal del pozo.

Tras dejar atrás Chevreuse, sintió la tentación de meterse por el ancho camino forestal que llevaba a la hospedería de Le Moulin-de-Vert-Cœur, pero renunció. La vegetación del bosque debía de haber invadido la hospedería. Y sobre todo la habitación 16.

Unos cuantos kilómetros más. La distancia le pareció más corta. Ya había dejado atrás el ayuntamiento del pueblo y el paso a nivel. Pasado el parque que corría a lo largo de la vía férrea, se fijó en que los postigos de la pequeña estación estaban cerrados.

Detuvo el coche en la calle de Docteur-Kurzenne. Estaba completamente decidido a entrar en la casa. ¿Qué podía temer al cabo de treinta años? Era Kim la que le abría, como ya lo hacía, treinta años antes, en el piso de Auteuil. Seguía siendo la misma. Sonreía y callaba, igual que esas personas a quienes conocimos en otros tiempos, pero a las que no hemos vuelto a ver en la vida. Salvo en los sueños. Él le preguntaba dónde estaba el niño, pero no contestaba.

Subía muy deprisa las escaleras. Quería evitar el primer piso, el de su antiguo cuarto y el del que ocupaban Rose-Marie Krawell o Guy Vincent cuando estaban de paso por la casa.

Iba directamente al segundo piso y entraba en el cuarto del tragaluz. Una pared, que seguía blanca y lisa incluso en el lugar exacto donde habían hecho un agujero y, luego, obras de albañilería. Ese sitio, ahora, el único que lo conocía era él. Y el tesoro de Guy Vincent iba a

seguir detrás de la pared, enterrado por toda la eternidad. Lingotes de oro que no eran sino plomo si se rascaba la superficie. Sacas postales llenas de fajos de billetes de banco de los tiempos del mercado negro, ya caducados. Cajones viejos de cajetillas americanas, aquello que habían llamado tráfico de rubias.

Miraba por el tragaluz. Más allá, las ramas más altas de un álamo se columpiaban despacio, y ese árbol le hacía señas. Un avión resbalaba en silencio por el azul del cielo y dejaba tras de sí una estela blanca, pero no se sabía si se había perdido, si venía del pasado o si, antes bien, regresaba a él.

[←1]
«Dulce dama, / sueño a menudo con usted.»

[←2]
Forces Françaises de l'Intérieur. (*N. de la T.*)

Título de la edición original:
Chevreuse

Edición en formato digital: junio de 2023

© imagen de cubierta, Jack Tait / Alamy / Cordon Press

© de la traducción, María Teresa Gallego Urrutia, 2023

© Éditions Gallimard, 2021

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2023
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-1883-3

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es